

El apogeo del castellano

ANTONIO ALATORRE



FONDO FONDA

www.fondofonda.it

Annotation

Su pasión por la lengua castellana ha consolidado a Antonio Alatorre (Autlán de la Grana, Jalisco, 1922) como uno de los filólogos más destacados de México y un verdadero historiador de nuestro idioma. Su obra ejemplar se reparte entre sus actividades como investigador literario, académico, traductor ensayista y filólogo.

Como investigador literario, Alatorre es un reconocido especialista en la vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz, de la literatura del Siglo de Oro español, del barroco mexicano y de la crítica literaria en general.

Como académico, Alatorre ha enseñado a no pocas generaciones en la UNAM y El Colegio de México, de cuyo Centro de Estudios Literarios y Lingüísticos fue director, y ha impartido numerosas conferencias en México y en el extranjero.

Como traductor ha publicado numerosas obras del inglés, francés, alemán, italiano y portugués.

Como ensayista ha publicado diversos ensayos de temas especializados y artículos de divulgación popular.

Como filólogo, su libro *Los 1,001 años de la lengua española* es ya un clásico de la lingüística mexicana. Se trata de una historia de nuestro idioma que cumple el doble propósito de exponer la obra de un especialista, al tiempo que difunde el amor por nuestra lengua. Una historia que recorre la geografía gramática del español y que descubre las raíces ancestrales de nuestra lengua.

FONDO 2000 presenta aquí *El apogeo del castellano*, una selección tomada de *Los 1,001 años de la lengua española*, publicado en coedición por el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. El lector reconocerá en estas páginas la obra de un erudito, mas no un libro exclusivo de especialistas. Antonio Alatorre escribe para el lector común y para cualquier curioso que alguna vez se haya preguntado cómo nació nuestra lengua, cómo se expandió y de qué manera alcanzó su apogeo. En estas páginas se conocerán paralelamente las obras que, a través del tiempo, han caracterizado al idioma español de diversas épocas y le han conferido su grandeza.

Antonio Alatorre
El apogeo del castellano

[Historia de la lengua: Selección de Los 1.001 años de la lengua española]

PRÓLOGO

En este libro que el lector tiene abierto ante los ojos he querido hacer una historia de la lengua española; contar, a mi manera, el acontecer de un fenómeno que a mí me interesa mucho. Al escribirlo, he pensado en lectores interesados asimismo en el tema. Con ellos he estado dialogando en mi interior, y a ellos me dirijo. Para ellos escribo estos párrafos preliminares, que son una simple y llana invitación a que sigan leyendo. Pueden creerme si les digo que no va a costarles trabajo la lectura. No voy a ponerme pesado ni a portarme exigente con ellos. Lo único que les pido, lo único que presupongo, es un poco de interés por eso que a mí, según he confesado, me interesa mucho: la historia de la lengua española, la historia de "nuestra lengua", como la llamo a menudo en el curso del libro. Pues, en efecto, además de concebir lectores interesados en el tema, les he atribuido como razón central de su interés la más simple de todas, la más límpida, la menos tortuosa; he imaginado que el español es su lengua materna. Aparte de tales o cuales razones complementarias, la razón central de mi propio interés es ésta. El español es la lengua en que fui criado, la de mi familia y mi pueblo, la de los muchos libros y revistas que leí en mi infancia (yo me hice lector a los cuatro años). El español es una lengua que me gusta. Y ese gusto, exactamente ése, es el que he supuesto en mis imaginarios lectores. Pero si alguno de ellos, careciendo de esa razón, se interesa en la historia del español por ser, digamos, uno de los idiomas importantes del mundo, le pido por favor que no se sienta excluido. También a él me dirijo. Proceda de donde proceda, un poco de interés, un poco de curiosidad es suficiente.[...]^[1]

Me sería imposible enumerar los libros y artículos sobre historia de nuestra lengua cuya lectura me ha instruido y alimentado a lo largo de muchos años. Pero es justo mencionar a los autores que más me ayudaron durante los cinco atareados meses de 1979 en que escribí el presente libro: Ramón Menéndez Pidal (sobre todo por sus *Orígenes del español*, 4ª ed., Madrid, 1956, y su *Manual de gramática histórica española*, 6a. ed., Madrid, 1941), William J. Etwistle (*The Spanish Language, together with Portuguese, Catalan and Basque*, Londres, 1936), Rafael Lapesa. (*Historia de la lengua española*, 7ª ed., Madrid, 1968), Jaime Oliver Asín (*Historia de la lengua española*, 6ª ed., Madrid, 1941), Robert K. Spaulding (*How Spanish Grew*, Berkeley y Los Angeles, 1943) y Juan Corominas (*Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid/Berna, 1954-1957). De estos libros, el que más le recomiendo al lector deseoso de avanzar es, sin ningún titubeo, el de Rafael Lapesa, muy equilibrado y completo, y lleno de jugosas indicaciones bibliográficas. (Hay una 9ª. edición, muy aumentada, de 1981.)

Pero el hombre que más me ha enseñado a mí es Raimundo Lida (1908-1979), de quien fui discípulo en México (él lo fue a su vez de Amado Alonso en Buenos Aires, y Amado Alonso lo fue de Ramón Menéndez Pidal en Madrid). Entre muchas otras cosas, de él me viene la convicción profunda de que el estudio verdadero de la literatura no puede destrabarse del estudio de la lengua, y viceversa. Estudiar en sus clases la historia de la lengua en los siglos XII y XIII era lo mismo que enseñarse a amar el *Cantar de mio Cid* y los poemas de Gonzalo de Berceo. Las páginas que siguen están, por eso, dedicadas a su memoria.

LA ATENCIÓN AL IDIOMA

La gramática de nuestro idioma, o sea la descripción sistemática de su estructura y funcionamiento, pudo haberse escrito ya en tiempos de Alfonso el Sabio. Pero en esos tiempos la palabra gramática significaba únicamente 'conocimiento del latín'. En cierto lugar usa Alfonso el Sabio la expresión "nuestro latín" para referirse a la lengua que escribía; como si dijera: "la clase de latín (evolucionado, simplificado, sembrado de arabismos, etc.) que hablamos en esta segunda mitad del siglo XIII en estos nuestros reinos de León y Castilla". Pero el conocimiento de este "latín" no tenía nada en común con el del verdadero latín, el de Ovidio, el de san Isidoro, el del Tudense. La primera gramática de nuestra lengua —de hecho, la primera auténtica gramática de una lengua "vulgar", o sea moderna— es la Gramática castellana que, con dedicatoria a Isabel la Católica, hizo imprimir en 1492 Antonio de Nebrija.

Hombre de humilde origen, Nebrija se educó en Italia, particularmente en la universidad de Bolonia, donde asimiló las nuevas concepciones de la filología y las nuevas técnicas de enseñanza que él implantó luego en su patria, declarando la guerra a los métodos anticuados que anquilosaban la inteligencia de los estudiantes. Entusiasta de todo lo relacionado con la antigüedad clásica, exploró con espíritu de arqueólogo las ruinas de la Mérida romana y, junto con el portugués Aires Barbosa, implantó en la península los estudios helénicos. Nebrija desarrolló su labor pedagógica en las universidades de Salamanca y de Alcalá. Fue él quien dio el paso que jamás hubiera soñado dar el medieval rey de León y Castilla. El conocimiento del castellano era ciertamente comparable con el del latín; si el conocimiento del latín era expresable en una gramática, no tenía por qué no serlo también el del castellano. La idea rectora de Nebrija parece haber sido: "El latín es de esta manera, muy bien; y el castellano es de otra manera". Verdad es que en algunos casos sus explicaciones de fenómenos castellanos no son correctas, por referirse en realidad a fenómenos latinos; pero esto debe perdonársele en razón de su formación humanística, ya que esa formación tan seria, tan moderna, fue justamente la que lo llevó a plantarse frente a su propia lengua en la forma en que lo hizo. La importancia de Nebrija es mucho mayor que la de un simple gramático. Junto con los sabios italianos residentes en España y Portugal, él sentó en el mundo hispánico las bases del humanismo, movimiento paneuropeo, búsqueda colectiva del saber emprendida por un grupo numeroso de personas a quienes unía el conocimiento de las dos lenguas internacionales, el griego y el latín, de tal manera que entre el andaluz Nebrija (Aelius Antonius Nebrissensis) y el holandés Erasmo (Desiderius Erasmus Roterodamus) no había ninguna barrera idiomática.

Las gramáticas griegas y latinas eran, en verdad, el principio y fundamento de toda cultura. Quienes habían expresado en reglas el funcionamiento de las lenguas sabias habían asegurado su permanencia "por toda la duración de los tiempos". Eso mismo, "reduzir en artificio", "poner debaxo de arte", era lo que convenía hacer con la lengua de España; y así, dice Nebrija en el prólogo de su Gramática, acordé ante todas las otras cosas reduzir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora i de aquí en adelante en él se escriviere, pueda quedar en un tenor i entenderse por toda la duración de los tiempos que están por venir, como vemos que se ha hecho en la lengua griega i latina, las quales por aver estado debaxo de arte, aunque sobre ellas han passado muchos siglos, todavía quedan en una uniformidad.

La gramática en que Nebrija puso debajo de arte la lengua castellana acabó de imprimirse en Salamanca el 18 de agosto de 1492, cuando Cristóbal Colón navegaba hacia lo aún desconocido. Tanto más notable es la insistencia con que subraya el humanista, en el prólogo, la idea de que "siempre la lengua fue compañera del imperio". Era imposible que le pasara por la imaginación lo que el genovés iba a encontrar. En realidad, Nebrija pensaba en cosas más concretas: en los primeros días de ese mismo año de 1492, los Reyes Católicos, pareja guerrera, habían recibido de manos del rey Boabdil las llaves de la ciudad de Granada, último reducto de los moros en España, y en la corte se hablaba de la necesidad de continuar la lucha, quitándoles tierra a los musulmanes en el norte de África, al otro lado de Gibraltar, y seguir, ¿por qué no?, hasta arrebatarles el sepulcro de Cristo, en Jerusalén.

Éste fue justamente el sueño del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, consejero de los Reyes Católicos y gran amigo de Nebrija. Detrás de la difusión mundial del griego y del latín habían estado las figuras imponentes de Alejandro Magno y de Julio César. Sintiéndose honda y auténticamente en los comienzos de una era que contemplaría la difusión mundial del castellano, Nebrija piensa que Alejandro y César han reencarnado en los reyes de España, y que va a ser necesaria la lucha armada. Cuando aún estaba manuscrita la Gramática, Nebrija se la mostró a la reina Isabel, y ésta, después de hojearla —según cuenta el autor en el prólogo—, le preguntó "que para qué podía aprovechar". Y entonces el mui reverendo obispo de Ávila me arrebató la respuesta, i respondiéndome por mi dixo que después que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros i naciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquéllos temían necesidad de recibir las leies que el vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por este mi Arte podrían venir en el conocimiento della, tal como los ejércitos romanos impusieron el latín a una España bárbara en que se hablaban peregrinas lenguas, y tal como aún hoy "nosotros deprendemos el arte de la gramática latina por deprender el latín".^[2]

Extrañamente, a pesar de que la vaga "profecía" imperial de Nebrija se convirtió muy poco después en inesperada y esplendorosa realidad, su Gramática no tuvo nunca el provecho que dijo el obispo de Ávila. En efecto, después de 1492 no volvió a imprimirse más (y cuando se reeditó, muy entrado el siglo XVIII, lo fue por razones de mera curiosidad o erudición). Extrañamente también, a lo largo de los tres siglos que duró el imperio español fueron poquísimas las gramáticas que se compusieron e imprimieron en España. Como después se verá, las publicadas en el extranjero y destinadas a extranjeros fueron muchas, pero puede decirse que, durante los tres siglos del imperio, los pobladores del mundo hispánico hablaron y escribieron la lengua castellana sin ninguna necesidad de gramática.

De los escritos referentes al romance castellano que se compusieron en España en los siglos XVI y XVII, los más notables no son precisamente gramáticas, sino elogios de la lengua y sobre todo estudios de tipo histórico, como las Antigüedades de Ambrosio de Morales y el libro de Bernardo de Aldrete Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España, ampliación de un tema tratado de manera elemental por Nebrija. El libro de Aldrete se imprimió en Italia en 1606, y fue también en Italia donde, unos setenta años antes, se había compuesto —aunque no se publicó hasta dos siglos después— el más atractivo de estos escritos, el Diálogo de la lengua de Juan de Valdés, especie de introducción general al idioma castellano: su origen latino, las

influencias que ha sufrido (Valdés exagera, por cierto, la del griego), sus diferencias con el catalán y el portugués, sus refranes, su literatura. Unos amigos italianos le hacen preguntas, y él las va contestando según su leal saber y entender, confesando en más de un caso su ignorancia. Este tono personal es uno de sus mayores encantos: "Diréos, no lo que sé de cierta ciencia (porque no sé nada desta manera), sino lo que por conjeturas alcanço y lo que saco por discreción..."

Las gramáticas españolas para hispanohablantes son muy escasas en los siglos de oro. La más importante es la de Gonzalo Correas, catedrático de Salamanca, escrita no para que "naciones de peregrinas lenguas" aprendieran el castellano, sino para que los hablantes de castellano se enteraran de sus "reglas". Esta gramática, llamada Arte grande de la lengua española castellana, que Correas acabó de escribir en 1626, se justificaba muchísimo mejor que la de Nebrija (aparte de que es mucho más precisa y completa). Nuestra lengua cubría ahora una gran parte del mundo.

Su extensión —dice Correas— es sin comparación más que la latina, porque fue y es común nuestra castellana española a toda España, que es mayor que un tercio que Italia, y hase extendido sumamente en estos 120 años por aquellas muy grandes provincias del nuevo mundo de las Indias occidentales y orientales adonde dominan los españoles, que casi no queda nada del orbe universo donde no haya llegado la noticia de la lengua y gente españolas.

Por desgracia, el gran libro de Correas quedó manuscrito, y no se publicó hasta 1903. (O tal vez sea una fortuna, y no una desgracia, que haya quedado inédito: no es aventurado decir que la libertad y creatividad de los siglos de oro se habría visto coartada por la existencia de "reglas" normativas, o sea por gramáticas impresas de tipo académico, la consolidación de nuestra lengua, su fijación, la fuerza cohesiva que impidió su fragmentación, fue en buena parte obra de la literatura, entendiéndolo por tal todo lo difundido mediante la letra impresa. Sin necesidad de Academia, los hispanohablantes hicieron espontáneamente sus normas gramaticales.)

Lo que sí abunda son las gramáticas del lenguaje poético. Ya Enrique de Villena, en la primera mitad del siglo XV, había sentido la necesidad de escribir un Arte de trovar. La Gramática de Nebrija —imitada en esto por el Arte de Gonzalo Correas— toma constantemente en cuenta los usos de los poetas españoles. El poeta y músico Juan del Enzina, discípulo de Nebrija, compuso un Arte de la poesía castellana, impreso en 1496. A comienzos del siglo XVII corrían ya no pocos tratados descriptivos, o preceptivos, o históricos, de la lengua artística, como el Discurso sobre la poesía castellana (1575) de Gonzalo Argote de Molina, el Arte poética en romance castellano de Miguel Sánchez de Lima (1580), el Arte poética (1592) de Juan Díaz Rengifo, la Filosofía antigua poética (1596) de Alonso López Pinciano, el Cisne de Apolo (1602) de Luis Alfonso de Carvallo, el Ejemplar poético (1606, en verso) de Juan de la Cueva y el Libro de la erudición poética (1610) de Luis Carrillo Sotomayor. El más hermoso de estos tratados, escrito en forma de Anotaciones a las poesías de Garcilaso, es el de Fernando de Herrera, que no se imprimió sino una sola vez (en 1580), mientras que el Arte poética de Rengifo fue muy reeditada, no por su doctrina (cada vez más trasnochada), sino por su prolija "Silva de consonantes" o diccionario de la rima, que ayudaba a poetas de escaso ingenio a encontrar consonantes para ojos y para labios.

Hay, finalmente, lo que podríamos llamar "gramática del bien escribir", o sea la ortografía. Los siglos XVI y XVII [...] marcan el tránsito en la pronunciación medieval a la moderna. La abundancia de tratados y manuales de ortografía en estos siglos se explica en buena medida por esa revolución

fonética que está llevándose a cabo. La primera Ortografía es la de Nebrija, publicada en 1517. A ella siguieron la de Alejo Vanegas (1531), la de Antonio de Torquemada (1552, pero editada apenas en 1970), la de Pedro de Madariaga (1565), la de Fernando de Herrera, puesta en práctica en sus Anotaciones a Garcilaso (1580), la de Juan López de Velasco (1582), la de Benito Ruiz (1587), la de Guillermo Foquel, impresor de Salamanca (1593), la de Francisco Pérez de Nájera (1604), la de Mateo Alemán, impresa en México (1609), la de Lorenzo de Ayala (1611), la de Bartolomé Ximénez Patón (1614), la de Juan Bautista de Morales (1623) y la de Gonzalo Correas (1630). El más revolucionario de estos tratadistas es, con mucho, Gonzalo Correas. Su Ortografía kastellana hace tábula rasa de muchas formas que venían usándose desde la Edad Media, pero que ya no correspondían a la realidad de 1630. Correas ("Korreas" según su sistema) escribió su libro para que la ortografía de la lengua "salga de la esclavitud en ke la tienen los ke estudiaron latín". La h de honor corresponde a un sonido en latín clásico, pero sale sobrando en castellano; en latín, la h de Christus, de theatrum y de geographía afectaba la pronunciación de la consonante anterior, cosa que en español no ocurre; la u se pronuncia en la palabra latina quinta, pero no en la palabra española quinta. Eliminemos, pues, las letras inútiles "para ke eskrivamos komo se pronunzia i pronunziemos komo se eskrive, kon deskanso i fazilidad, sonando kada letra un sonido no más". No escribamos, honor, Christo, teatro, geographía, quinta sino onor, Kristo, teatro, xeografía, kinta. No escribamos hazer (o hacer), cielo, querer, guerra, guía, hijo, y gentil sino azer zielo, kerer, gerra, gía, ixo y xentil. La reforma de Correas hubiera requerido fundir matrices especiales para las letras simples que él inventó en sustitución de las dobles ll y rr. (Los sistemas de Herrera y de Mateo Alemán, menos innovadores en conjunto, acarreaban también ciertos problemas tipográficos.) En 1629, antes de la publicación del libro de Correas, el licenciado Juan de Robles publicó una "Censura" en que rechazaba tamañas innovaciones, y poco después, en El culto sevillano (terminado en 1631, pero publicado en 1883), volvió a expresar su rechazo y expuso argumentos en favor de las formas escritas tradicionales (y, de hecho, su ortografía no difiere gran cosa de la de Nebrija). Vale la pena notar que ocho de las mencionadas ortografías se concentran en los treinta y cinco años que van de 1580 a 1614. Estos años son el momento culminante de la revolución fonética de nuestra lengua. Es entonces, por ejemplo, cuando desaparece la diferencia entre la z de dezir y la c de fuerça, y en consecuencia los hispanohablantes, escritores profesionales o no, cometen "faltas de ortografía" como decir y fuerza, y los gramáticos sienten la imperiosa necesidad de poner orden en el caos. (De hecho, quienes se encargaron de la unificación y conservación de la ortografía fueron los impresores. A lo largo del siglo XVII, las normas practicadas en las imprentas de Madrid eran las que se adoptaban en todas partes.)

Del mismo año 1492 en que se publicó la Gramática de Nebrija data la primera parte (latín-español) de su gran Diccionario, impresa asimismo en Salamanca. En este caso había el precedente del Universal vocabulario en latín y en romance, o sea latín-español solamente (1490), de Alonso de Palencia; pero Nebrija no sólo procedió con más método, sino que añadió una segunda parte, español-latín, impresa hacia 1495. A diferencia de la Gramática castellana, el Diccionario de Nebrija fue reeditado innumerables veces, con arreglos y adiciones. Su función, por lo demás, fue ayudar a traducir del latín al español y viceversa, y sólo por eso se siguió reeditando. Sin afán de exhaustividad, ni de suplantar a Nebrija, el valenciano Juan Lorenzo Palmireno publicó una Silva de vocablos y frases de monedas y medidas, comprar y vender (1563), un Vocabulario del humanista, o sea del 'estudiante de letras' (1569) y otro vocabulario intitulado El estudioso cortesano (1573). Alonso Sánchez de la Ballesta siguió el ejemplo de Palmireno con su Diccionario de vocablos

castellanos aplicados a la propiedad latina (1587). La finalidad de estas compilaciones era ayudar a los estudiantes a traducir "con propiedad" del español al latín (y en este sentido son mucho más refinadas que el diccionario español-latín de Nebrija). Lo que faltaba era un diccionario en que cualquier persona necesitada de saber qué cosa era albalá, o qué cosa era cilla, encontrara su definición o su descripción en lengua castellana, y no su traducción al latín. Fue ésa la laguna que vino a colmar, y abundantemente, el Tesoro de la lengua castellana o española de Sebastián de Covarrubias Orozco (1611). Este inestimable Tesoro, que haría bien en tener al alcance de la mano todo lector de literatura de los siglos de oro, es ya un diccionario moderno, abundante en detalles, en ejemplos, y aun en información enciclopédica. Covarrubias se atuvo fundamentalmente a la lengua castellana hablada en sus tiempos, sin ocuparse gran cosa de la traducción de las voces al latín, pero prestando, en cambio, mucha atención a la etimología. (La segunda edición del Tesoro, 1673, fue adicionada por un autor de obras religiosas, Benito Remigio Noydens.)

Tanto Palmireno y Sánchez de la Ballesta como Sebastián de Covarrubias dieron en sus diccionarios amplio lugar a los refranes. Ya en el siglo XV —el siglo del libro del Arcipreste de Talavera y de la Celestina, tan abundantes en ellos—, un anónimo, a quien suele identificarse falsamente como el marqués de Santillana, había recogido un puñado de Refranes que dizen las viejas tras el fuego ("tras el fuego", o sea en la cocina). El número de refraneros publicados en los siglos XVI y XVII excede al de gramáticas y de diccionarios; En 1549 se imprimió uno intitulado Libro de refranes copilado por el orden del a, b, c; en el qual se contienen quatro mil y trezientos refranes; el más copioso que hasta oy ha salido impresso. El compilador, Pero Vallés, natural de Aragón, define el refrán como "un dicho antiguo, usado, breve, sutil y gracioso, obscuro por alguna manera de hablar figurado" (muchos necesitan glosa o explicación), y refuta cumplidamente a quienes dicen "que es cosa de poco tono haber copilado dichos de viejas". La colección reunida por "el comendador griego" Hernán Núñez (colega de Nebrija) contiene más de 8000 y se imprimió póstumamente en 1555 con el título de Refranes o proverbios en romance. La publicada en 1568 por el erasmista Juan de Mal Lara se llama, significativamente, La filosofía vulgar. En su "Discurso" preliminar, Mal Lara no sólo pone por encima de la sabiduría libresca la "filosofía vulgar" de estas breves sentencias, que es la más alta, la que vive en el corazón y en la lengua del pueblo, sino que llega a afirmar que "antes que oviesse philósphos en Grecia, tenía España fundada la antigüedad de sus refranes". Ya otro erasmista, Juan de Valdés, había dicho que en los refranes "se vee mucho bien la puridad de la lengua castellana". Es en verdad notable el cariño que los españoles de esta época mostraron por los refranes. Varias de las recopilaciones quedaron inéditas y apenas en el siglo XX se han impreso, como los Refranes glosados de Sebastián de Horozco (o Teatro universal de proverbios, adagios o refranes) y, sobre todo, el Vocabulario de refranes y frases proverbiales del ya mencionado Gonzalo Correas, que es sin duda la joya de todos los refraneros españoles.^[3]

MOROS Y MORISCOS

El último rey moro salió de Granada, rumbo al destierro de África, en el año de 1492, con su familia y su séquito. Los centenares de miles de pobladores de la ciudad y del reino se quedaron en sus casas, a merced de los vencedores ciertamente, pero haciendo lo que habían estado haciendo, y hablando la lengua que habían estado hablando, o sea el árabe. En Granada no había cristianos, y del romance mozárabe no quedaban más huellas que las voces adoptadas por el árabe. No había habido en Granada el fenómeno de convivencia de cristianos, musulmanes y judíos que hizo la grandeza de ciudades como León en el siglo X y Toledo en el XII.

Desde mucho antes de 1492 la cultura cristiana española se había divorciado de la árabe. Cuando aun existía el flujo de ésta a aquélla, la suerte de los cristianos que vivían entre los moros (es decir, los mozárabes) había sido tolerable. Ahora que se había cortado ese flujo, la suerte de los moros que vivían en tierras cristianas (es decir, los mudéjares) era muy dura. El cristianismo español se había ido haciendo más y más reacio a la tolerancia y a la convivencia. Por razones religiosas y políticas a la vez, lo árabe había dejado de ser admirable para hacerse despreciable y odioso. Es notable cómo Juan de Mena, en su empeño de dignificar la lengua, la cargaba de latinismos al mismo tiempo que la "limpiaba" cuidadosamente de arabismos. (La idealización del moro es [...] un fenómeno tardío.)

No sólo el reino de Granada, sino casi todo el territorio de la península, estaba en 1492 lleno de moros poco o nada cristianizados, a quienes comenzó a aplicarse la designación de moriscos. ¿Qué hacer con ellos? La respuesta de quienes se ocuparon del problema fue: primero, convertirlos al cristianismo, y segundo, presionarlos para que aprendieran la lengua castellana. Y a la doble tarea se dedicaron de lleno no pocos frailes, comenzando precisamente con aquel obispo de Ávila que le quitó la palabra a Nebrija cuando la reina Isabel preguntó para qué serviría su Gramática. Ese obispo de Ávila, llamado fray Hernando de Talavera, fue nombrado poco después primer obispo de Granada; y él, que en su famosa respuesta había hablado de "las leyes que el vencedor pone al vencido", no tardó en ver que la Gramática de Nebrija no le servía de nada. Lo único que cabía hacer, y rápidamente, era aprender la lengua del vencido. Él mismo, hombre ya viejo, "decía que daría de buena voluntad un ojo por saber la dicha lengua" (alguna vez hizo intentos de predicar en árabe); y uno de sus colaboradores, fray Pedro de Alcalá, publicó en la misma ciudad de Granada, en 1505, o sea en un lapso extraordinariamente breve, un Arte para ligeramente saber la lengua arábiga junto con un Vocabulista arábigo en letra castellana, obra para la cual no existía precedente alguno.^[4]

Fray Hernando de Talavera, a quien veneraron los humanistas españoles (por ejemplo Juan de Valdés, el del Diálogo de la lengua), fue un evangelizador humanitario. Otros no lo fueron. La rebelión de los moriscos de las Alpujarras (entre Granada y Almería), sofocada en 1569 por don Juan de Austria, medio hermano de Felipe II, no buscaba una restauración del dominio árabe: fue una protesta desesperada por los muchos abusos de que eran víctimas los moriscos, el principal de los cuales era la conversión forzada. La acción militar de las Alpujarras fue un cruel golpe no sólo para los moriscos a medio asimilar, sino también para los ya cristianizados e hispanizados (pues en

cualquier morisco se veía un rebelde en potencia). De esos moriscos ya plenamente convertidos en españoles habla con no poca simpatía Bernardo de Aldrete en sus *Varias antigüedades de España*, publicadas después de la expulsión. Muchos moriscos —dice Aldrete— hablaban la lengua castellana "como los que más bien la hablan de los nuestros", salpicándola de "refranes y agudezas" y "alcançando cosas escondidas y estraordinarias mucho mejor que muchos de los naturales" (del habla de uno de ellos dice: "me causó admiración, que nunca creí llegaran a tanto"). En otro libro, publicado antes de la expulsión, el mismo Aldrete había dado estos detalles en cuanto a los moriscos de las distintas regiones:

Los que quedaron en lugares apartados, con poco trato y comunicación con los cristianos, conservavan su lengua aráviga sin aprender la nuestra; mas los que de veras abraçaron la fe y emparentaron con cristianos viejos, la perdieron. Los que después de la rebelión del año de 1569 fueron repartidos en Castilla y Andaluzía, mezclados con los demás vezinos, an recibido nuestra lengua, que en público no hablan otra, ni se atreven (sólo algunos pocos que biven, de los que se hallaron en aquella guerra, hablan la suia en secreto). Los hijos y nietos déstos hablan la castellana, tan cortada [= tan bien cortada] como el que mejor, si bien otros de los mas endurecidos no dexan de bolver a la lengua aráviga. Lo mismo es en Aragón: los que no los conocen en particular no diferencian esta gente de la natural. En el reino de Valencia, porque viven en lugares de por sí, conservan la lengua araviga. Bien clara es y manifiesta la causa porque se an aplicado tan mal a nuestra lengua, que es la aversión que casi les es natural que nos tienen, y no digo más; pero creo que ésta se perderá con el tiempo. Júntase a su voluntad [= la mala voluntad que nos tienen a nosotros y a nuestra lengua] el estar excluidos en las honrras y cargos públicos...

Estas palabras se imprimieron en 1606. Pero el "problema morisco" llevaba tan pocos visos de resolverse, que en 1609 Felipe III adoptó la "solución final" de la expulsión en masa, censurada en silencio (pues eran tiempos de callar y obedecer) por muchos ilustres españoles, y llorada por esos hombres, llamados Abd al-Kárim Pérez, Bencácim Bejarano, Francisco Núñez Muley o Juan Pérez Ibrahim Taibilí, que, tan españoles "como el que mejor", se veían arrancados de su tierra y de su cultura. Fueron más de 300 000 los expulsados entre 1609 y 1614.

Sólo en los últimos tiempos ha comenzado a estudiarse la abundante literatura morisca escrita en castellano, a veces en "aljamía", o sea en caracteres árabes, y a veces en letra europea normal. Hay tratados notables de polémica anticristiana, sonetos en loor de Mahoma, novelas ejemplares, poesías en el estilo de Garcilaso y Lope de Vega, etc., compuesto todo ello no sólo antes de 1609, sino también después, en el destierro de Túnez y Marruecos. (La muestra más rara de esta literatura es un tratado erótico, un verdadero Kamasutra escrito en nuestra lengua.)

JUDÍOS Y SEFARDÍES

Los judíos habían sido expulsados de España más de un siglo antes que los moriscos, o sea, justamente, en ese año de 1492 tan preñado de acontecimientos. Por cualquier lado que se la mire, la decisión de los Reyes Católicos fue un acto de antisemitismo puro. La hostilidad contra los judíos —una hostilidad que jamás existió en la España musulmana— había venido fomentándose "desde arriba", y la celeberrima Inquisición española había estado enderezada casi exclusivamente contra ellos.

Los judíos españoles, llamados luego sefaradíes o sefardíes (de Sefarad el nombre hebreo de España), habían escrito en lengua castellana desde que hubo literatura. Los redactores de buena parte de la prosa alfonsí fueron con toda probabilidad judíos. Y desde el sereno y maduro Sem Tob de Carrión hasta el genial Fernando de Rojas, el de la Celestina, la nómina de escritores españoles de ascendencia hebrea era ya muy nutrida en 1492. De hecho, la lengua materna de todos los judíos de España, desde hacía largo tiempo, era el español, aunque nunca dejó de haber entre ellos un uso restringido, sinagoga, de la lengua hebrea, ni tampoco dejó de haber estudiosos profundos del idioma de Isaías y del Talmud.

Si fueron muchísimos los expulsados, fueron también muchos los que pudieron quedarse en España, o porque ya habían aceptado la fe cristiana o porque en ese mismo año de 1492 decidieron someterse al bautismo. Pero quienes se quedaron no estuvieron nunca a salvo de la sospecha de criptojudasmo. Por lo demás, en todos los lugares en que la Inquisición española pudo establecer "sucursales" —no en Bruselas ni en Amberes, pero sí en México y en Lima— abundan los procesos contra quienes conservaban aunque sólo fuera un mínimo vestigio externo de la religión de Moisés. Los empecinados en la antigua fe eran quemados vivos; y los demás, aunque nunca hayan tenido problemas con el Santo Oficio, vivieron una vida ensombrecida por la discriminación racial. Si los moriscos, como dijo Aldrete, estaban "excluidos de las honrras y cargos públicos", también muchos sabios y artistas y poetas de ascendencia hebraica, aunque fuera sólo parcial, no pudieron ya tener acceso a dignidades civiles ni eclesiásticas. En la primera mitad del siglo XV habían sido obispos de la prestigiosa Burgos dos judíos, padre e hijo, Pablo de Santa María y Alonso de Cartagena, grandes escritores ambos. Pero fray Luis de León, que conoció las cárceles inquisitoriales debido en buena parte a su ascendencia hebrea, nunca hubiera podido ser obispo, ni siquiera superior de su orden (aunque fuera infinitamente superior a sus colegas). Otro de los grandes judíos españoles, Juan Luis Vives (1492-1540), amigo de Erasmo, salió de España a los diecisiete años y nunca volvió a pisar la tierra en que varios de sus antepasados habían sido quemados vivos.

Quizá nunca se dudó en serio de la sinceridad de conversos como Pablo de Santa María, o de descendientes de judíos como los ya mencionados, o como santa Teresa y Mateo Alemán, para recordar dos casos más. Pero el hecho es que la palabra misma converso acabó por ser, en la lengua castellana, un verdadero insulto, al igual que sus equivalentes confeso y cristiano nuevo (cuya carga negativa consistía en el contraste con su antónimo, el orgulloso cristiano viejo: cualquier cristiano viejo, y no se diga si era montañés o vizcaíno, se creía un hidalgo o un noble frente al "vil" judío). En el imperio español de los siglos XVI y XVII suena todo el tiempo la palabra judaizante y

resuenan las palabras mancha y tacha, contrapuestas a limpieza (de sangre). La voz marrano es la muestra más famosa de este vocabulario. Procede del árabe vulgar mabrán 'cosa prohibida'; siendo la carne de cerdo la "cosa prohibida" por excelencia, así para los musulmanes como para los judíos, marrano pasó a significar esa carne: 'el cerdo bueno para la matanza', y de ahí el 'musulmán' y sobre todo el 'judío'. En el sentido concreto de 'criptojudio', la palabra tuvo difusión europea y acabó por perder su atroz carga insultante. (En las riñas de hombres de habla española, los insultos preferidos eran cornudo, puto y judío; Juan Ruiz de Alarcón tachó de las tres cosas a Quevedo; Quevedo tachó sólo de judío a Góngora. En el Diccionario académico de la lengua figura la palabra judiada 'acción cruel e inhumana', que algunos quisieran borrar de allí, pero sin razón, puesto que sigue usándose en España.)

Un país cristiano, Portugal, y dos islámicos, Marruecos y Turquía, acogieron a los desterrados de 1492. Pero en 1497 la Corona portuguesa decretó "o bautismo o expulsión", con un refinamiento de crueldad: los expulsados no podían llevarse a sus hijos pequeños. Hubo así gran número de "conversiones". Los sabios y literatos, muchos de los cuales acabaron por trasladarse a ambientes más europeos —Inglaterra, Bohemia, algunos estados italianos y sobre todo los Países Bajos—, escribieron de preferencia en español. Varios judíos españoles, nacidos ya en Portugal, se establecieron a mediados del siglo XVI en el ducado de Ferrara. Protegidos por un duque humanista, estos judíos publicaron allí en 1553 la llamada Biblia de Ferrara, primera de las Biblias impresas en nuestra lengua, muy aprovechada luego por Casiodoro de Reina, el primer traductor protestante (1569); también publicaron, entre otros libros, la Visión delectable de Alfonso de la Torre, filósofo del siglo XV; uno de ellos, Salomón Usque, cuyo nombre "cristiano" parece haber sido Duarte Gómez, emprendió la primera traducción sistemática de la obra poética de Petrarca (Venecia, 1567). Los judíos españoles e hispano-portugueses de los Países Bajos desplegaron asimismo una gran actividad editorial: hasta bien entrado el siglo XVII seguían saliendo de las prensas de Amsterdam, Amberes y Bruselas libros españoles escritos por sefardíes. Todavía en el siglo XVII huía de España a Amsterdam el poeta Miguel de Barrios, que abandonó su nombre, cambiándolo por el de Daniel Leví. Contemporáneo suyo fue Benedicto (o Baruch) Spinoza, descendiente de marranos hispano-portugueses. Ni cristiano ni judío, ni español ni holandés, Spinoza escribió en latín una de las obras capitales de la filosofía moderna. No cabe duda de que la expulsión de los judíos significó una gran pérdida para la cultura hispánica.

Los innumerables judíos que se establecieron en el norte de Africa y en el vasto imperio otomano (Turquía, los Balcanes, el Asia Menor) no olvidaron nunca el idioma que habían mamado, aunque era el mismo de quienes los expulsaron. Este extraordinario caso de supervivencia, unido al hecho de que el judeoespañol (o sefardí, o ladino) conserva mejor que ninguna otra modalidad actual del castellano los rasgos que nuestra lengua tenía en tiempos de Nebrija, ha llamado mucho la atención de los estudiosos modernos. El judeoespañol del norte de Africa ha sufrido influencias del árabe y del español moderno, y el judeoespañol oriental abunda en palabras turcas y griegas y aun eslavas, pero su fonética y su vocabulario han resistido en lo básico, de manera que suele servir de ejemplo vivo (y no libresco) de cómo se hablaba el español hace quinientos años. El folklore de los sefardíes es básicamente español. Hay en él romances conservados por tradición oral desde el siglo XV; hay canciones a veces muy lindas, como la que empieza:

Morenica a mí me llaman,
yo blanca nací;
el sol del enverano
me hizo a mí así;
morenica y graciosa
y mavromatianí

(palabra griega esta última, que significa 'ojinegra'); hay también gran cantidad de refranes, antiguos o derivados de los antiguos: "El ojo come más muncho que la boca", "Arremenda tu paño, que te ture un año; arreméndalo otruna vez, que te ture un mes", "Café sin tutún, hamam sin sapún" ("café sin cigarrillo es como baño sin jabón": hamam es el baño turco); "Todo tenía Salomonico: sarna y lepra y sarampionico"... Hasta antes de 1939, había en ciudades como Estambul, Bucarest y Salónica imprentas de donde salían, en caracteres a veces hebreos, a veces latinos, libros y folletos populares en lengua española, y almanaques, y periódicos comunes y corrientes, con sus secciones de noticias, artículos de fondo y anuncios, todo en español (un español ajustado a las necesidades modernas mediante préstamos, no del español actual, sino del rumano, o del francés, o del italiano). Hitler acabó siniestramente con todo eso. Más que en la América hispánica o en España, donde la absorción por el español moderno es inevitable, la lengua de los sefardíes que escaparon del holocausto se conserva en el moderno estado de Israel y en muchas ciudades de los Estados Unidos, pero parece destinada a desaparecer, a causa de la presión del hebreo y del inglés.

EL NUEVO MUNDO

El otro acontecimiento importante del año 1492 fue el hallazgo del Nuevo Mundo. Es probable que fray Hernando de Talavera, en su ya citada respuesta a la reina Isabel, haya pensado en el viaje de Colón, cuyas posibilidades de ejecución estarían siendo sopesadas por entonces. Pero, entre la gente de las tres carabelas, Colón hubiera sido el menos indicado para propagar la lengua entre los "pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas" con que se topó. Hablaba mejor el portugués que el castellano. Y es curioso pensar que el primer contacto lingüístico entre el Almirante y el indio americano —contacto frustrado, por supuesto— haya sido ¡en árabe! En efecto, Colón, esperando que su navegación hacia occidente culminaría en las Islas de las Especias (la actual Indonesia), adonde los portugueses llegaban después de dar la vuelta a Africa y seguir hacia oriente, y sabiendo que había trato comercial asiduo entre el Islam y ese extremo oriente trajo en el primer viaje entre sus hombres a un intérprete de árabe.⁴^[5]

En todo caso, la respuesta de Talavera anuncia ya a Cortés y a Pizarro. El fraile-obispo decía que los pueblos conquistados tendrían "necesidad de recibir" las leyes del conquistador, y "con ellas" su lengua. Sólo que los conquistadores españoles, ávidos e impacientes, no esperaban a que los conquistados sintieran esa necesidad, sino que, adelantándose a ella, hablaban mejor del "derecho" absoluto que tenían de imponer sus leyes. Los cronistas españoles refieren cómo Pedrarias (Pedro Arias) Dávila solía "aperrear" a los indios con "lebreles e alanos diestros": al indio que cogían —y nunca fallaban— "lo desollavan e destripavan, e comían dél lo que querían". Alexander von Humboldt lamentó en uno de sus libros que la vida y las hazañas de alguno de esos perros (de nombre famoso, como "el Becerrillo" y su hijo y sucesor "el Leoncico") estuvieran mejor documentadas que la vida de Colón, en la cual hay tantas zonas oscuras. Esa atroz manera de imponer leyes estaba siendo practicada en las islas Canarias; quienes la introdujeron en el Nuevo Mundo fueron los compañeros de Colón, en el segundo viaje; para ellos, y para muchos que los siguieron, los indios no fueron hombres con quienes se combate, sino bestias a quienes se caza.

Fue también Pedrarias Dávila, hacia 1514, el primero que legalizó la conquista con el famoso "requerimiento", intimación hecha a los indios para que reconocieran, en ese momento mismo, la naturaleza de la Santísima Trinidad y los derechos del rey de España, otorgados por el papa, representante del dueño del mundo, o sea de Dios. La no aceptación del requerimiento confería automáticamente carácter de justa guerra a la matanza y a la violencia. ("[Si no aceptáis lo que os he dicho], yo entraré poderosamente contra vosotros, e vos haré guerra por todas las partes e maneras que yo pudiere [y os esclavizaré y os quitaré vuestras posesiones, y todo esto por culpa vuestra, no del rey, ni mía], ni destes cavalleros que conmigo vinieron.") Claro que los indios, ante semejante primer contacto con la lengua castellana, no se apresuraban a dar señales de aceptación. ¿Cómo iban a entender el requerimiento si, como dijo Fernández de Oviedo en 1524, "ni aun lo entendían los que lo leían"?

Estas dos estampas, la de los perros y la del requerimiento, corresponden ciertamente a uno de los lados de la conquista, el lado siniestro. En el lado derecho está, en primer lugar, la estampa de quienes se opusieron a esa violencia y a esa farsa. El propio Oviedo protestó ante Carlos V contra

ambos abusos, con tanta mayor convicción cuanto que a él le tocó alguna vez la vergüenza de espetarles el requerimiento a unos indios en nombre de Pedrarias. (Él mismo cuenta qué informe le dio luego a Pedrarias: "Señor, parésceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste requerimiento, ni vos tenéis quien se lo dé a entender. Mande vuestra merced guardalle hasta que tengamos algún indio déstos en una jaula, para que despacio lo aprenda, e el señor obispo se lo dé a entender".) Y con Oviedo están no sólo Las Casas y los muchos españoles que defendieron al indio, afirmando categóricamente, por principio de cuentas, su dignidad de seres humanos contra quienes encontraban más expedito tratarlos como animales, sino también los muchos frailes que, casi desde el primer momento, se pusieron a hacer aquello que fray Hernando de Talavera había sentido como la tarea humana más urgente de todas, en vista de los hechos consumados: aprender la lengua de los vencidos y así comunicarse con ellos para enseñarles el cristianismo. A esta tarea se dedicaron en especial los franciscanos y los dominicos, y más tarde también los agustinos y los jesuitas. El iniciador fue el franciscano Pedro de Gante, no sólo nacido en Gante, cuna de Carlos V, sino ligado con el emperador por "estrecho parentesco" (fray Pedro fue hijo ilegítimo). A mediados del siglo XVI, la verdadera catedral de México no era la de los españoles, "pequeña, fea, pobre y desmantelada", sino la iglesia de San José de los Naturales, hecha de siete naves que, sin paredes intermedias, comunicaban con un inmenso atrio (en las naves cabían 10 000 personas, y en el atrio 70 000). Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México e introductor de la imprenta en el Nuevo Mundo (1532), publicó varias Doctrinas en español, para que los evangelizadores tuvieran a la mano una exposición clara, de lo esencial del cristianismo y en ella se basaran a la hora de predicar en la lengua de los indios. (Estas Doctrinas cristianas de Zumárraga son notables por su acentuado erasmismo.) La mitad de la abundante producción bibliográfica de México durante el primer siglo de la hispanización consiste en Artes (gramáticas) de diversas lenguas, Vocabularios para traducir de esas lenguas al español y viceversa, y Doctrinas cristianas compuestas en esas mismas lenguas, sin contar los confesionarios (manuales para los confesores de indios), los devocionarios, las cartillas para niños y otras cosas menores. Los franciscanos Alonso de Molina y Maturino Gilberti, especializados respectivamente en la lengua "mexicana" y en la "mechuacana", escribieron gramáticas, diccionarios y doctrinas. En ninguna otra región americana hubo tamaña actividad. Las artes, los vocabularios y las doctrinas que se hicieron en el Perú se imprimieron al principio en España (la imprenta llegó a Lima en 1582).

En el lado luminoso de la conquista hay todo un álbum de estampas que no hace falta desplegar aquí, como tampoco hace falta recalcar el lado sombrío. El bien medido endecasílabo que resume la respuesta de los españoles patriotas, "Crímenes son del tiempo y no de España", merece ciertamente ser escuchado. Pero importaba subrayar la calidad dual de la conquista de América, que es también la calidad dual de la concepción española de la vida, bárbara y estrecha por un lado, sobre todo en contraste con la concepción italiana, pero impregnada por otro de un humanismo que, justamente en el primer siglo de la conquista, se tradujo no sólo en humanitarismo compasivo, sino también en deseo de compartir y comunicar. Al lado de los brutos primitivos, como Pedrarias, hubo desde un principio los civilizados y civilizadores; como Vasco de Quiroga; al lado de los destructores ciegos, como Pedro de Alvarado, los preocupados por el bien público, como Antonio de Mendoza; al lado de los frailes que por celo religioso quemaron gran cantidad de códices (imitadores en esto de Cisneros), los frailes conservadores y estudiosos del vivir prehispánico, como Bernardino de Sahagún; y al lado de los buscadores de fama y riqueza, como Cortés y los Pizarro, los maestros y defensores, como Pedro de Gante, Motolinía y Las Casas. El "requerimiento" a que sí contestaron

los pobladores de América fue el que sí entendieron: no la intimación, sino la invitación.

La hispanización del Nuevo Mundo ofrece ciertas semejanzas con la romanización de Hispania y con la arabización de España. Al igual que los romanos y los árabes (y a diferencia no sólo de los visigodos, sino también de los ingleses, franceses y holandeses que colonizaron otras regiones de América), los conquistadores y pobladores españoles se mezclaron racialmente desde un principio con los conquistados, y este mestizaje de sangre fue, desde luego, el factor que más contribuyó a la difusión de la lengua y cultura de España. Los romanos latinizaron con pasmosa rapidez toda la península (salvo el territorio vasco), y el latín de los escritores hispanos de los primeros siglos de nuestra era no tenía ya nada que pedirle al de los italianos. Los moros arabizaron profundamente a España, y a partir del siglo VIII no pocos españoles, además de adoptar la religión de los conquistadores, se enseñaron a hablar y escribir un árabe tan bueno como el de Bagdad o de El Cairo. En la historia americana, particularmente en la de México y del Perú, abundan los testimonios de la facilidad y la gracia con que los niños indios, en escuelas fundadas para ellos, aprendían la lengua española. El primer siglo de la conquista ofrece nombres de escritores de sangre americana como los mexicanos Hernando de Alvarado Tezozómoc y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y los peruanos Felipe Guamán Poma de Ayala y Garcilaso Inca de la Vega. A fines del siglo XVI ya estaban echadas en todo el nuevo continente las raíces de la lengua nacional de los países hispanoamericanos de hoy.

Sin embargo, ni la cristianización ni la hispanización del Nuevo Mundo fueron nunca completas. La tarea de fray Hernando de Talavera y sus sucesores, en la España del siglo XVI, no fue fácil, y eso que se trataba de aprender una sola lengua, el árabe. Pero las lenguas americanas se contaban por centenares. Para la mayoría de ellas no hubo gramáticas ni diccionarios ni doctrinas cristianas. Por otra parte, los concilios de obispos celebrados en Lima y en México durante la segunda mitad del siglo XVI llegaron a conclusiones pesimistas en cuanto a la eficacia de las doctrinas impresas en lenguas indígenas. Como los "naturales" no podían ser sacerdotes (y muchísimo menos obispos), era necesaria la presencia continua de predicadores españoles o criollos que conocieran las distintas lenguas, y, desgraciadamente, el fervor religioso de la primera hora ya se había entibiado a fines del siglo. Los obispos peruanos y mexicanos resolvieron "que a los indios se pongan maestros que les enseñen la lengua castellana, por haberse conocido, después de un prolijo examen, que aun en el más perfecto idioma de ellos no se pueden explicar bien y con propiedad los misterios de la santa fe católica sin cometer grandes disonancias e imperfecciones". Pero esta castellanización total no pasó de ser un buen deseo.^[6]

Así como el mapa de la península ibérica se llenó primero de topónimos romanos y luego de topónimos árabes, así el de América se llenó de topónimos españoles: Santa Fe, Laredo, Monterrey, Durango, Compostela, Guadalajara, León, Salamanca, Zamora, Lerma, Córdoba, Valladolid, Mérida, Trujillo, Antequera, Granada, Cartagena, Santander, Málaga, Segovia, Medellín, Guadalupe, Aranzazu, Lérida, Cuenca... (muchos de estos topónimos se repiten en distintos países). Provincias más o menos extensas se llamaron Nueva España, Nueva Galicia, Nuevo León, Nueva Vizcaya, Nueva Extremadura (en México), Nueva Segovia, Castilla del Oro (en Centroamérica), Nueva Granada, Nueva Andalucía, Nueva Córdoba, Nueva Extremadura (en Sudamérica). También en las Filipinas: Nueva Cáceres, Nueva Écija, Nueva Vizcaya. El nombre de Santiago, gran protector de los conquistadores, se repite en todas partes, por lo general en unión de un topónimo

americano: Santiago de Cuba, Santiago Papasquiari, Santiago Ixcuintla, Santiago Zacatepec, Santiago Jamiltepec, Santiago Atitlán, Santiago de Chuco, Santiago de Cao, Santiago de Pacaraguas, Santiago de Chocorvos, Santiago de Huata, Santiago de Chile. También abundan otros topónimos religiosos: San Juan de Puerto Rico, San Francisco, Los Angeles, Santa Ana Chiautempan, San Pedro Xilotepec, San Antonio del Táchira, San José de Cúcuta, Asunción del Paraguay, San Miguel de Tucumán, Concepción de Chile... (En 1813 se quejaba el mexicano fray Servando Teresa de Mier de tantos nombres de santos, que "confunden los lugares, convierten la geografía de América a letanías o calendario, embarazan la prosa e imposibilitan la belleza de las musas americanas".)

HUMANISMO Y ANTIHUMANISMO

La cultura hispánica de los siglos XVI y XVII es posiblemente la más controvertida de todas las de la era moderna, la más conflictiva, o sea la más apasionante. Si es imposible ver sin pasión las hogueras inquisitoriales, también es imposible leer el Quijote fríamente, sin que el lector se sienta arrastrado y cautivado por su humor y su armonía. En vez de emitir un juicio global, quizá sea más útil exponer una breve serie de datos que, desde el concreto punto de vista de la historia de la lengua, puedan dar una idea de cómo se desarrolló en los territorios de habla española la lucha entre las luces (el ansia de libertad, la apertura a todo lo que es humano, la fe en la civilización y el progreso) y las tinieblas (el absolutismo, el rechazo de lo nuevo por el solo hecho de ser nuevo, la defensa encarnizada de los intereses creados). Esta lucha, que se da en todas las sociedades y en todas las épocas, tuvo en el orbe hispánico características especiales.

Las luces están representadas ante todo por el humanismo renacentista, en sus dos expresiones principales, la nórdica o erasmiana y la italiana, expresiones que, una vez recibidas en España, se fundieron sin dificultad en una sola (al contrario de lo que ocurrió en Italia, donde Erasmo tuvo pocos admiradores decididos). El erasmista Juan de Valdés era amigo de Garcilaso, el cual hizo que su amigo Boscán tradujera al español El Cortesano de Castiglione, libro que educó a miles de lectores europeos. Y Boscán y Garcilaso renovaron a fondo la poesía castellana, adoptando de la italiana no sólo los esquemas métricos, sino toda una visión de lo humano. Por lo demás, el amor a las letras griegas y latinas fue el mismo en Erasmo y en los italianos (aunque Erasmo haya preferido a los moralistas y a los historiadores, y los italianos a los oradores y a los poetas). Juan, de Valdés tradujo del griego partes de la Biblia; Garcilaso compuso poemas en latín.

El cardenal Cisneros, rector de la política española durante la minoría de Carlos V, le ofreció a Erasmo, en 1516, un puesto en España. Erasmo no aceptó la invitación, en parte por sus muchos quehaceres y en parte porque España le parecía demasiado bárbara; pero en 1516, justamente, se desató en España una oleada de traducciones de Erasmo sin paralelo en ningún otro país europeo. Dos años antes, en 1514, el impresor de la universidad de Alcalá, Arnao Guillén de Brocar, había publicado en un espléndido volumen, envidia de Europa, la edición príncipe del texto griego del Nuevo Testamento.^[7] Esta universidad de Alcalá, fundada en 1508 por el propio cardenal Cisneros, fue durante la primera mitad del siglo XVI el hogar por excelencia de las ideas modernas. Su ímpetu innovador se contagió a la de Salamanca (aunque ésta, fundada en el siglo XII, tenía demasiados compromisos con el pasado). Fueron momentos privilegiados en la historia de la cultura hispánica. La labor de los humanistas italianos residentes en Castilla, como Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Sículo, y también en Portugal, como Cataldo Águila Sículo, estaba dando sus frutos. Pedro Mártir se felicitaba de haberse trasladado a un país tan sediento de conocimientos y tan virgen de humanismo: decía que, de haberse quedado en Italia, habría sido un pajarillo entre águilas o un enano entre gigantes. En España, desde luego, fue un gigante. Una vez, durante un curso dado en Salamanca sobre las difíciles (y divertidas) Sátiras de Juvenal, los estudiantes lo levantaron en hombros y así, "en triunfo", lo llevaron hasta su aula. La literatura de nuestra lengua, en estos primeros decenios del Renacimiento, se escribió en una atmósfera de entusiasmo.

En las Indias, como se llamaban las posesiones americanas de España, la cultura que se fue implantando estaba hecha de la misma sustancia que en la metrópoli. Es verdad que hacia 1550 las únicas ciudades que podían llamarse centros de cultura eran México y Lima, y tal vez Santo Domingo (la primera que tuvo universidad). Pero, proporcionalmente, los ideales del Renacimiento y del humanismo penetraron en América en la misma medida que en España. Fernández de Oviedo, imbuido de italianismo y lector de Erasmo, es en Santo Domingo uno de los españoles más civilizados de su tiempo, y su Historia uno de los monumentos del humanismo, entendido éste en su sentido más amplio y generoso. Diego Méndez, "el de la Canoa", compañero de Colón en su último viaje y vecino también de Santo Domingo, es famoso por el testamento (1536) en que dejó a sus hijos su biblioteca, formada por solos diez libros, cinco de los cuales eran traducciones de Erasmo. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, reprodujo escritos de Erasmo y del erasmista Constantino Ponce de la Fuente. (Años después, este doctor Constantino fue encarcelado bajo acusación de luteranismo.) La Utopía del inglés Tomás Moro, amigo de Erasmo, tuvo innumerables lectores, pero ninguno tan extraordinario como Vasco de Quiroga, que quiso hacer realidad, en tierras de Michoacán, los ideales de justicia de ese libro revolucionario. Y Francisco Cervantes de Salazar, discípulo del erasmista Alejo Vanegas, no sólo tradujo a Juan Luis Vives, otro gran amigo de Erasmo sino que, a imitación suya, compuso unos Diálogos latinos impresos en México (1554), tres de ellos acerca de México y de su universidad, aún reciente pero ya activa.

Cuando murió Carlos V (1558), la ciudad de México celebró sus exequias con un catafalco adornado de composiciones poéticas en latín y en español (estas últimas en metros italianos), de todo lo cual quedó constancia en el Túmulo imperial de Cervantes de Salazar (1560).

Este Túmulo puede servir de símbolo de un acontecimiento trascendental. Mucho de lo que había vivido en la cultura española durante la época del emperador quedó sepultado con él. Felipe II, constituido en campeón de la ortodoxia católica contra las demás formas del cristianismo, inauguró un "nuevo estilo" nacional, absolutista e intolerante. No es que la libertad intelectual haya sido completa en tiempos de Carlos V. La Inquisición fue siempre muy poderosa, y la suspicacia de la iglesia española —la suspicacia, concretamente, de las órdenes monásticas, en particular la de los dominicos— frente a todo cuanto oliera a pensamiento demasiado personal en materias teológicas, filosóficas y científicas era muy aguda ya en el siglo XV. Cuando en 1478 (en vísperas del establecimiento definitivo de la Inquisición en España) un catedrático de Salamanca, Pedro de Osma, expuso ciertas ideas de un libro suyo acerca de la confesión sacramental, la autoridad eclesiástica mandó clausurar las aulas como si estuvieran endemoniadas, y, como dice uno de los documentos que relatan el suceso, "no permitió que se abriesen hasta haber quemado públicamente la cátedra y el libro en presencia de su autor, sin que se leyese [= sin que se diesen clases] en ellas hasta bendecirlas", esto es hasta exorcizarlas. Nebrija, discípulo de Pedro de Osma tuvo sus conflictos con la Inquisición como los tuvieron después otros dos catedráticos de Salamanca, fray Luis de León y Francisco Sánchez el Brocense. De hecho, todos los partidarios de una ciencia libre de trabas, o sea todos los erasmistas, sufrieron en una forma u otra la hostilidad del Santo Oficio.

Caso típico es el de Juan de Vergara, traductor de Aristóteles y de las partes griegas del Viejo Testamento en la Biblia Complutense, encarcelado durante dos años y medio sin otra razón que su erasmismo (a pesar de que Erasmo nunca fue condenado por Roma). Entristecido por la noticia, un estudiante español que se hallaba en París le escribía (1533) a su maestro Vives: "Tienes razón:

España está en poder de gente envidiosa y soberbia, y bárbara además; ya nadie podrá cultivar medianamente las letras sin que al punto se le acuse de hereje o de judío; impera el terror entre los humanistas". A ese mismo propósito le escribía Vives a Erasmo: "Estamos pasando por tiempos difíciles, en que no se puede hablar ni callar sin peligro". Irónicamente, la última carta de Erasmo a Vergara, interceptada por los inquisidores contenía un elogio de los viajes de esa comunicación con otras gentes que es como "un injerto de la inteligencia", y le decía: "Nada hay mas hosco que los seres humanos que han envejecido en su pueblo natal, y que odian a los extranjeros y rechazan cuanto se aparta de los usos del terruño".

Una de las últimas afirmaciones de los ideales de libertad del humanismo se encuentra en El concejo y consejeros del príncipe del erasmista Fadrique Furió Ceriol, español europeo educado en el "estilo Carlos V". Declara Furió que todos los modos de pensar son buenos, mientras los hombres que piensan sean buenos: "Todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos o de otra secta, son de una misma tierra, de una misma casa y sangre; y todos los malos de la misma manera"; y afirma también que quienes dicen "que todo es del rey, y que el rey puede hacer a su voluntad, y que el rey puede poner cuantos pechos [impuestos] quisiere, y aun que el rey no puede errar" (cosas todas que se dijeron en efecto en la España de Felipe II), son "enemigos del bien publico".

La historia vino a poner en estas palabras de Furió la misma ironía que en las de Erasmo cuando le hacía al prisionero Vergara el elogio de los viajes. El concejo y consejeros del príncipe se imprimió en Amberes en 1559. Ahora bien, justamente ese año de 1559 es el del triunfo definitivo del absolutismo y del oscurantismo (para decirlo en terminología moderna) sobre el deseo de libertad y de progreso. A los tres años de heredar la corona, y a un año apenas de la muerte de su padre, Felipe II mostró en 1559 lo que iba a ser su reinado (y el de sus sucesores). En el campo del pensamiento, los antierasmistas habían ganado la batalla. En ese año de 1559 habían obtenido una victoria espectacular: Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, favorable a la libertad de pensamiento, fue encarcelado y destituido de su puesto. Felipe II apoyó siempre con brazo fuerte a los contrarreformistas triunfadores, y éstos le juraron fidelidad absoluta y demostraron teológicamente aquello que, según Furió, sólo un enemigo del bien público podría decir: "que el rey puede hacer a su voluntad". Felipe II y sus sucesores tuvieron casi rango de deidades (Es penoso ver cómo sor Juana Inés de la Cruz exalta hasta las nubes al imbécil Carlos II.) Pocas veces en la historia de los pueblos modernos ha habido una coalición tan íntima, y tan duradera además, entre Iglesia y Estado. Lo anterior a 1559, incluyendo el proceso contra Juan de Vergara, había sido apenas un ensayo. Ya se habían promulgado varios Índices de libros prohibidos, pero el del fatídico año de 1559, hecho bajo la supervisión del inquisidor Fernando Valdés, dejó muy atrás en severidad a sus predecesores. Las obras de Erasmo fueron confiscadas y quemadas, y lo único que de él se toleró fueron los tratados de gramática y retórica. Se pusieron en el Índice las obras completas de no pocos escritores españoles, comenzando con aquellos que habían huido de la península para ser libres en el extranjero, como Juan de Valdés y Miguel Servet, cumbres del pensamiento religioso europeo. Totalmente prohibidas quedaron las traducciones de la Biblia, pues su lectura vino a considerarse "fuente de herejías". (Lo curioso es que Fadrique Furió Ceriol había publicado un diálogo latino, Bononia, en que defendía lo contrario, argumentando erasmianamente que los apóstoles y evangelistas se habían servido del idioma hablado por el pueblo.) El solo deseo de estar al corriente de las novedades europeas era peligroso. Se elaboraron refinados mecanismos de control de la imprenta, y la importación de libros extranjeros quedó sometida a estrechísima

vigilancia. La herejía se identificó por completo con la infamia social, de tal manera que los sospechosos de desviarse mínimamente del catolicismo oficial, o sea de lo que Erasmo llamaba "usos del terruño", quedaban automáticamente "deshonrados". Como remate de todo, en ese año de 1559, en noviembre, por decreto de Felipe II, les quedó prohibido a todos sus súbditos salir al extranjero a estudiar o a enseñar, para evitar contagios con ideas no "oficiales".^[8]

El liderazgo intelectual quedó definitivamente en otras naciones. Un Galileo, un Descartes, un Newton hubieran sido imposibles en los dominios de Felipe II y su dinastía. El helenismo, tan promisor en tiempos de Cisneros y de Carlos V, quedó prácticamente muerto; la tipografía helénica llegó a desaparecer del todo, y los pocos que sabían griego se hacían sospechosos (podían leer los evangelios en su lengua original, o sea que "se apartaban" de la mayoría que sólo sabía leerlos en la traducción de la Vulgata). España; el país de Europa que en esta segunda mitad del siglo XVI estaba en posición ideal para ser la adelantada de los estudios árabes (y no sólo por el contacto excepcional que había tenido durante siglos con el Islam, sino porque aún vivían en su territorio miles de personas que hablaban y leían y escribían árabe), fue durante Felipe II máxima desdeñadora de lo árabe. El Arte y el Vocabulista arábigo de Pedro de Alcalá nunca tuvieron sucesores. Fue en Francia y en Holanda donde se inició, a fines del siglo XVI, el arabismo moderno. (Cuando los "ilustrados" del XVIII quisieron hacer una clasificación de los manuscritos árabes existentes en El Escorial, tuvieron que acudir a un experto extranjero, el maronita sirio Miguel Casiri.) También se le fue a España de las manos otro liderazgo: el del hebraísmo. La edición del texto hebreo de la Biblia Complutense había sido obra de judíos conversos, en particular Pablo Coronel, autor además del léxico hebreo-latino impreso al final del Viejo Testamento. Era natural que fueran conversos o descendientes de conversos los sabios en esta materia. Hacia 1570 había cuatro grandes hebraístas en España: Alonso Gudiel en la universidad de Osuna, y fray Luis de León, Gaspar de Grajal y Martín Martínez de Cantalapiedra en la de Salamanca. Todos, salvo el último, eran de origen converso. La persecución desatada contra ellos en 1572 es una de las muestras más repugnantes del antisemitismo oficial (Gudiel murió tragicamente en la cárcel). Durante estos acontecimientos, otro humanista, Benito Arias Montano, publicaba en Amberes (1569-1573) la llamada Biblia Regia, políglota como la Complutense; pero los sabios que se encargaron de la edición del texto hebreo no fueron ya españoles.

En la época de Carlos V, desde Juan Luis Vives, que en 1520 hablaba del triste papel que hacían en Europa los españoles, llenos de "concepciones bárbaras de la vida que se transmiten unos a otros como de mano en mano", hasta Andrés Laguna, que en 1557 decía que sus paisanos se habían granjeado el aborrecimiento de todos los europeos (los turcos inclusive) a causa de su soberbia, nunca dejaron de escucharse voces que llevaron a cabo una auténtica labor de autocrítica nacional. En la época de los Felipes esas voces fueron metódicamente reprimidas.

Por otra parte, en tiempos de Carlos V no hubo casi ningún escritor español que no fuera devoto de su rey (es muy representativo el soneto de Hernando de Acuña que celebra la hegemonía española y sueña con "un Monarca, un imperio y una Espada" para todo el mundo), y esa devoción fue fruto espontáneo del entusiasmo. Pero a partir de Felipe II el patriotismo se fue convirtiendo, cada vez más, en consigna. Alonso de Ercilla intercaló en su Araucana visiones heroicas de las batallas de Saint-Quentin y de Lepanto; Fernando de Herrera dedicó a don Juan de Austria dos odas encomiásticas, una por la victoria de Lepanto y otra por el escarmiento que les dio a los pobres

moriscos de las Alpujarras. Cervantes era seguramente sincero cuando decía que la batalla de Lepanto fue "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros". Algo de fervor patriótico y católico hay en *El Brasil restituído*, comedia de Lope de Vega que celebra la reconquista de Bahía de manos de los holandeses por una escuadra hispano-portuguesa, o en comedias de Calderón como la que celebra las victorias de Wallenstein contra los protestantes y la que celebra (como el famoso cuadro de Velázquez) la toma de Breda Pero ¿qué decir del libro de 1631 en que un numeroso coro de poetas —Lope de Vega entre ellos— festejó como hazaña sobrehumana, digna de Júpiter, el que Felipe IV, en un coto cerrado, y detrás de una barrera, y rodeado de cortesanos y de criados, hubiera matado un toro de un arcabuzazo? En cuanto a los elogios prodigados a Carlos II y a su aberrante política, son sencillamente grotescos.^[9]

El único caso ilustre de crítica del imperio en el siglo XVII es el "memorial" versificado, atribuido con toda verosimilitud a Quevedo, en que el autor le dice a Felipe IV que es inhumano mantener en Europa una ilusión de dominio a costa de la sangre y el bienestar de los españoles. Pero entre la crítica abierta y la adulación descarada quedaban vías intermedias. Una de ellas era la reticencia, que es el arte de decir cosas sin decirlas. En 1609, Bernardo de Aldrete sugiere con un discreto "y no digo más" que la represión de los moriscos de las Alpujarras fue demasiado salvaje. De manera parecida el historiador José de Sigüenza, en 1600, en el momento en que casi va a decir lo que piensa de la manera innoble como Fernando el Católico y su brazo militar Gonzalo Fernández de Córdoba (alias "el Gran Capitán") se apoderaron del reino de Nápoles, se para en seco y estampa sólo este comentario: "Aquí se quedan mil hoyos y pleitos que se averiguarán el Día del Juicio". La represión convirtió a los escritores de lengua española en grandes maestros del arte de la reticencia, de la cautela, de cierta "hipocresía heroica", como alguien la ha llamado. Y el más grande de esos maestros fue Cervantes.

Otra vía intermedia es la imparcialidad artística. Así como el Velázquez de la Rendición de Breda pone en los rostros holandeses (calvinistas) la misma nobleza que en los españoles (católicos), así también el Ercilla de la Araucana presta a los indios chilenos y a sus dominadores un mismo alto nivel de cualidades humanas. Ni siquiera los corsarios ingleses Francis Drake y John Hawkins aparecen como monstruos en la *Dragontea* de Lope de Vega. Por lo demás, la desproporción entre lo celebrado y la manera de celebrarlo se pierde de vista cuando el resultado es una obra de arte. La victoria de Saint-Quentin fue insignificante, pero El Escorial es ciertamente un edificio estupendo. También la rendición de Breda fue un episodio intrascendente. Las hazañas exaltadas por muchos poetas y prosistas y autores teatrales del siglo XVII se reducen a menudo a nada, son exageración pura. En manos de escritores como Quevedo y Calderón, la hipérbole llega a veces a la cumbre del arte. (Góngora, también maestro de la hipérbole, es siempre más complejo: exalta ciertamente a los monarcas, pero en un largo pasaje de las *Soledades* deplora muy de veras los males que la codicia de los exploradores y conquistadores trajo a la humanidad.)

Desde el punto de vista de la historia de la lengua, los breves datos que anteceden tienen una doble importancia. Por una parte, explican el relativo raquitismo y atraso del vocabulario castellano en todos aquellos sectores (política, economía, ciencia, filosofía, etc.) en que los demás países del occidente europeo se adelantaron a España —raquitismo y atraso cuyas consecuencias siguen siendo actuales—. Y, por otra parte, ayudan a comprender la naturaleza peculiar del lenguaje literario español del siglo XVII, su especialísima riqueza. Algo que no consiguió coartar Felipe II fue la fantasía. Más aún: es como si la obra de quienes escribían en España hacia 1615, hombres criados

bajo el austero régimen de Felipe II, fuera producto, más que de genios individuales, de una como necesidad social, colectiva, de hallar nuevas entradas y salidas en un edificio cuyas puertas estaban tapiadas. La literatura de nuestra lengua eclipsaba en esos momentos a todas las demás. En 1615 Lope de Vega llevaba escritos, entre muchísimas otras cosas, varios centenares de piezas teatrales. En 1615, un siglo después de los inicios de ese humanismo erasmiano que Felipe II sofocó, Miguel de Cervantes —"un ingenio lego", poseedor, como Shakespeare, de "poco latín y menos griego"— publicaba la Segunda parte del Quijote, envidia de todas las literaturas y culminación de no pocas de las ideas de Erasmo. En 1615, menos de un siglo después del injerto de los modos italianos en la poesía española, circulaban de mano en mano, manuscritas, las Soledades de Góngora. Finalmente, en 1615 se hallaba en pleno auge otra literatura, no la del humor y la fantasía, sino la del desengaño y el ascetismo razonado, producto también de un estado de ánimo colectivo que de ninguna manera había sido el dominante en tiempos de Carlos V.

ESPAÑA Y EUROPA

En el escenario europeo de los siglos XVI y XVII los españoles estuvieron bajo las candilejas y cuajaron en "figura" o "tipo". El resto de Europa los vio como paradigmas de grandes virtudes o de grandes vicios, y así lo español fue unas veces modelo digno de imitación y otras veces objeto de repudio o de risa. En un extremo está Castiglione, que alaba la "gravedad sosegada, natural de España", y en el otro quienes, habiendo leído por ejemplo la Brevissima relación de Las Casas en una de sus muchas traducciones, sienten a España como la encarnación de la crueldad y el fanatismo, o quienes inventan y transmiten historietas sobre la vacuidad y fanfarronería de esos hombres que pisan fuerte y hablan a voces dondequiera que van. Los españoles, por su parte, fueron muy conscientes de su papel en el mundo y de las reacciones que provocaban. Se explica que ciertos españoles modernos se sientan retrospectivamente halagados por los juicios laudatorios, y escriban alegatos en defensa de España contra la "leyenda negra" originada en Las Casas.

Una cosa que llamó la atención de los demás europeos fue el exagerado sentimiento de la honra, de la hidalguía, de la grandeza, que llegaron a tener los españoles. Es un hecho que ese exagerado sentimiento fue, en buena medida, la afirmación de los "valores" nacionales contra una Europa que llamaba humorísticamente "pecadillo de España" (*peccadille d'Espagne*, *peccadiglio di Spagna*) la falta de fe en la Santísima Trinidad, dogma rechazado por los judíos y los musulmanes, de manera que se enderezó contra todos los españoles el ofensivo mote de marranos que ellos habían lanzado contra moros y judíos. En el sentimiento de honra confluían, pues, la superstición de la "limpieza de sangre" y la ostentación de ortodoxia, pero también los humos de quien ha dejado de ser un don nadie y quiere subir más y más, y lo antes posible. Para esos españoles hipersensibles, el tratamiento de vos (perfecto análogo, hasta entonces, del *vous* francés y del *voi* italiano) vino a ser insuficientemente respetuoso, o sea ofensivo, de manera que sus subordinados tuvieron que cambiarlo, casi de la noche a la mañana, por el nuevo e incómodo de vuestra merced. La rapidez de la sustitución se puede ver gráficamente en la cantidad de formas por que atravesó ese pronombre entre 1615 y 1635 (y no durante los siglos que de ordinario requieren los cambios lingüísticos) para llegar a usted: por una parte, vuesarced, voarced, vuarced, voacé y vucé; por otra, vuasted, vusted, vusted y uced (además del *bosanzé* o *boxanxé* de los moriscos).

El Nuevo Mundo suministró un ancho teatro para esta clase de exhibiciones. En 1591 el doctor Juan de Cárdenas, español que llevaba menos de quince años de residir en México, publicó aquí un libro en que contrasta la discreción de los habitantes de la Nueva España con la desconsideración y arrogancia de los españoles recién llegados a la península, a los cuales aplica no uno, sino dos apodos: chapetones y gachupines.^[10] Fernández de Oviedo cuenta la representativa historia del gachupín García de Lerma, mercader vulgar e inculto que, tras conseguir mediante astucias ser nombrado gobernador de Santa Marta (región de la actual Colombia), ordenó al punto que le dijieran, no vuestra merced, sino vuestra señoría, haciéndose servir "con mucha solemnidad y ceremonias" como si fuera todo un grande de España, "y de no menos espacio se limpiaba los dientes después que acababa de comer, dando audiencia e proveyendo cosas, que lo solía hacer el católico rey Fernando o lo puede hacer otro gran príncipe".

Las ceremonias y el limpiarse muy despacio los dientes (con esa "gravedad sosegada" que elogió Castiglione) estaban bien para los grandes. Pero es como si cada español se hubiera sentido entonces un grande. Para el resto de Europa, los españoles eran los fanfarrones por antonomasia, los Rodomontes reencarnados (Rodomonte es el caudillo de alma "altiva y orgullosa" que muere a manos de Ruggiero al final del Orlando furioso). A fines del siglo XVI comenzaron a circular en todas partes, menos en España, en un castellano no siempre muy fluido, y con traducción a la lengua del país en que se imprimían, series de Rodomontadas españolas, frases pronunciadas por "el Capitán don Diego de Esferamonte y Escarabombardón", o bien por "los muy espantosos, terribles e invencibles capitanes Matamoros, Crocodilo y Rajabroqueles", de las cuales vale la pena leer algunos ejemplos:

¿Qual será aquella grandíssima desvergonçada que no se enamorará deste muslo esforçado, deste braço poderoso, deste pecho lleno de fuerças y valentía?...

Voto a Dios, bellaco, si voy allá te daré tal bastonada con este palo, que te haré entrar seis pies dentro de tierra, que no te quedara mas del braço derecho afuera para quitarme el sombrero [= para quitarte el sombrero en honor mío] quando passare.

Si voy a ti, te daré tal puntapié llevándote arriba, que cargado de diez carretadas de pan, más miedo ternás de la hambre que de la caída.

Otro aspecto de lo mismo es la costumbre de las largas sargas de apellidos. Quevedo la satirizó en el Buscón, donde hay un personaje llamado Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán ("no se vio jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo"), pero fueron sobre todo extranjeros los que se rieron de ella. Hay en Voltaire un Don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascareñas y Lampourdos y Souza, y en Alexandre Dumas un Don Alfonso Oliferno y Fuentes y Badajoz y Riales. Uno de los últimos avatares de esa imagen es el nombre que da James Joyce, en un pasaje del Ulysses, al representante de España ante una especie de concilio: Señor Hidalgo Caballero Don pecadillo y Palabras y Paternoster de la Malora de la Malaria.

Los testimonios sobre la manera de ser de los españoles tienen un doble interés. El poeta italiano que habla de cómo en Nápoles se ha puesto de moda besar ceremoniosamente las manos y hasta "sospirare forte alla spagnuola", acusa a sus habitantes de ser "quasi più spagnuoli che napolitani", pero al mismo tiempo declara que eso es lo que está sucediendo. Estos testimonios son muy abundantes. El novelista Carlos García afirmaba en 1617 que el rey de Francia, Luis XIII, "el día que quiere hacer ostentación de su grandeza al mundo, se honra y autoriza con todo lo que viene de España: si saca un hermoso caballo, ha de ser español; si ciñe una buena espada, ha de ser española; si viste honradamente, el paño ha de ser de España; si bebe vino, ha de venir de España"; y por los mismos años el dramaturgo Ben Jonson enumeraba en un pasaje de The Alchemist las cosas españolas admiradas por los ingleses: de nuevo la espada y el caballo gennet, o sea jinete, arabismo que significaba el caballo de sangre árabe y la persona que lo montaba), y también el corte de barba, los guantes almizclados, las gorgueras, las caravanas, y una danza, la pavana (aprendida por los españoles en Italia). La expresión buen gusto, inventada al parecer por Isabel la Católica, fue adoptada o calcada por el inglés (gusto), el francés (goût), el italiano (buon gusto) y el alemán (Geschmack).

Muchas otras cosas propagaron los españoles: juegos de naipes, técnicas de guerra, usos mercantiles, la guitarra, la costumbre de fumar (aprendida en el Nuevo Mundo, sobre todo en México), etc., y todas ellas estuvieron acompañadas de algún reflejo lingüístico, particularmente los exóticos productos que España llevaba a Europa desde sus vastos dominios coloniales. La palabra calebasse, en francés, no designa la calabaza europea, que naturalmente ya tenía nombre, sino la americana; la palabra spade, en inglés, nombre de uno de los palos de la baraja, es la palabra española espada; la palabra chicchera, en italiano (pronunciada KÍKKERA), es adaptación de jícara, del náhuatl xicalli.

He aquí una lista abreviada de vocablos españoles adoptados por la lengua francesa en los siglos XVI y XVII: grandiose, bravoure, matamore (matamoros, o sea 'valentón'), fanfaron y fanfaronnade, hâbler (que no es 'hablar', sino 'hablar con fanfarronería'), compliment y camarade; alcôve (alcoba), sieste, pícaro, duègne (dueña, vieja que cuida a una jovencita), mantille, guitare, castagnette (coexistían en español castañuela y castañeta); chaconne, passacaille y sarabande; créole, métis, nègre y mulâtre; ouragan (huracán), embargo, caravelle, canot (canoa), felouque (coexistían en español falúa y faluca); cacao, chocolat, maïs, patate, tomate, vanille (vainilla), tabac y cigare.

El italiano, el inglés, el alemán, el holandés y otras lenguas europeas adoptaron también casi todos esos vocablos, nueve de los cuales no son de raigambre española antigua, sino que se originaron en el Nuevo Mundo. Las lenguas más remotas, como el ruso, el polaco y el húngaro, tomaron sus hispanismos por mediación del francés o del italiano.

En 1546, en presencia del papa y de un obispo francés, delegado de Francisco I, Carlos V pronunció un discurso de desafío al rey de Francia; el obispo sé quejó de no haber entendido bien, y el emperador le espetó la célebre respuesta: "Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana" —auténtica rodomontada (o, si se quiere, versión suavizada del "requerimiento" que los capitanes de Carlos V hacían a los indios), tanto más notable cuanto que ese hombre que decía "mi lengua española" la aprendió a los veinte años y nunca la habló limpia de acento extranjero. En 1619 Luis Cabrera de Córdoba, el historiador de Felipe II, afirmaba que éste había logrado ver la lengua castellana "general y conocida en todo lo que alumbra el sol, llevada por las banderas españolas vencedoras, con envidia de la griega y la latina, que no se extendieron tanto".

Ya en la Italia de 1535, según testimonio de Juan de Valdés, "así entre damas como entre caballeros" se tenía por "gentileza y galanía" hablar español. Cervantes decía en 1615 que en Francia "ni varón ni mujer deja de aprender castellano". En 1525, cuando las fuerzas de Carlos V derrotaron al rey de Francia, la situación era muy distinta. Cuenta un historiador que, mientras Francisco I atravesaba el campo de batalla con sus captores españoles, se topaba a cada paso con grupitos de franceses igualmente capturados, y "él los saludaba alegremente diciéndoles por gracia que procurasen de aprender la lengua española, y que pagasen bien a los maestros, que hacía mucho al caso". Lo dijo de chiste ("por gracia"), pero fue eso lo que hizo Luis XIII en enero de 1615: tomó un maestro de español —y es de suponer que le pagó bien— porque hacía mucho al caso, ya que en octubre iba a contraer matrimonio con una hija de Felipe III.

Al lado de los que aprendían español "por gentileza y galanía" estaban los muchos que lo hacían por conveniencia. Como decía en 1659, en no muy buen español, el flamenco Arnaldo de la Porte, autor de una gramática y un diccionario españoles para uso de sus compatriotas: "Nos está de verdad la lengua española necesaria por los infinitos negocios que se han cada día de tratar en las cortes de Madrid y de Bruselas, y por otras pláticas y estudios privados que consisten en explicar la mente de los autores españoles". Casi un siglo antes, Benito Arias Montano había propuesto fundar en Lovaina una verdadera cátedra de lengua española en beneficio de los súbditos de los Países Bajos, "por la necesidad que tienen della, así para las cosas públicas como para la contratación", o sea para el comercio. (No de otra suerte, el día de hoy; miles de politólogos y economistas necesitan en todas partes saber inglés.)

Para responder a esa necesidad, durante mucho tiempo, sobre todo entre 1550 y 1670, salió de las imprentas europeas una cantidad impresionante de gramáticas españolas y de diccionarios que relacionaban el español con alguna o algunas de las otras lenguas. Dos de las gramáticas más antiguas se imprimieron justamente en Lovaina: Útil y breve institución para aprender los principios y fundamentos de la lengua hespañola (1555) y la Gramática de la lengua vulgar española (1559); las dos son anónimas. Entre los autores extranjeros de gramáticas españolas están el italiano Giovanni Mario Alessandri (1560), los ingleses Richard Percivale (1591), John Minsheu (1599) y Lewis Owen (1605), los franceses Jean Saulnier (1608) y Jean Doujat (1644), el alemán Heinrich Doergangk (1614) y el holandés Carolus Mulerius (1630). Entre los autores de diccionarios, el italiano Girolamo Vittori (1602), el inglés John Torius (1590) y los franceses Jean Palet (1604) y François Huillery (1661). Otros hicieron las dos cosas: gramática y diccionario. Los más notables son el inglés Richard Percivale (1591), el francés César Oudin (1597, 1607), el italiano Lorenzo Franciosini (1620, 1624), el ya mencionado Arnaldo de la Porte (1659, 1669) y el austriaco Nicholas Mez von Braidembach (1666, 1670). Franciosini y Oudin fueron traductores del Quijote. Oudin, que publicó también unos Refranes (1605) con traducción francesa, tuvo el acierto de incluir en la segunda edición de su diccionario (1616) un Vocabulario de xerigonza, que no es sino el de germanía de Juan Hidalgo. Si se tiene en cuenta que esta lista de autores no es completa, y que sus gramáticas y diccionarios tuvieron por lo común gran número de reediciones, adaptaciones, refundiciones y aun traducciones (la Grammaire et observations de la langue espagnolle de Oudin, por ejemplo, se tradujo al latín y al inglés), se entenderá mejor lo que fue, en esa coyuntura de la historia, la necesidad europea de aprender la lengua española.

En comparación con la lista anterior, la de autores españoles es exigua. En cuanto a diccionarios bilingües, el único importante es el Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana de Cristóbal de las Casas, publicado en Sevilla en 1570 (y muy reeditado a partir de 1576, aunque ya no en Sevilla, sino en Venecia). También puede mencionarse el muy tardío Diccionario de las lenguas española y francesa de Francisco Sobrino (1705). Pero, aunque poco numerosos, los autores españoles de gramáticas destinadas a extranjeros merecen una mención aparte por la importancia que tiene su labor para la historia de la lengua. La necesidad de explicar las peculiaridades del castellano en su realidad viva los obligó a prescindir de las categorizaciones latinas de Nebrija y a reflexionar por cuenta propia. Muchas de las gramáticas de autores extranjeros, en particular la de César Oudin, se hicieron también a base de conocimiento directo de la lengua hablada, pero los españoles tenían la ventaja inestimable de poseer como materna esa lengua cuya estructura se

empeñaban en explicar. Casi todos ellos fueron, además, hombres de cultura superior. Los más señalados, aparte de los autores de las ya citadas gramáticas anónimas de Lovaina, son éstos: Francisco Thámara, humanista, traductor de Erasmo (Suma y erudición de gramática, Amberes, 1550); Alfonso de Ulloa, dedicado en Italia al negocio librero (Introdutione... lingua castigliana, Venecia, 1553); Cristóbal de Villalón, otro erasmista (Gramática castellana, Amberes, 1558); Juan Miranda (Osservationi della lingua castigliana, Venecia, 1565, gramática muy reeditada y muy plagiada por las que se publicaron después); Antonio de Corro, uno de los grandes protestantes españoles, compañero de Casiodoro de Reina (Reglas gramaticales..., Oxford, 1586); Ambrosio de Salazar, establecido en Francia y dedicado sólo a la enseñanza del español (Espexo general de la gramática..., Rouen, 1614), y los también profesores Juan de Luna (Arte breve y compendiosa..., París, 1616), Jerónimo de Tejada (Gramática de la lengua española, París, 1629), Marcos Fernández (Instruction espagnole, Colonia, 1647) y Fransisco Sobrino (Nouvelle grammaire espagnolle, Bruselas, 1697).

Es notable el contraste entre semejante proliferación de gramáticas españolas para uso de extranjeros y la falta de interés de los españoles por las lenguas extranjeras, salvo la italiana, que muchísimos conocían por la simple lectura, sin necesidad de manuales. Rarísimos españoles de estos siglos supieron hablar alemán, holandés, inglés y aun francés. ¿Por qué iban a aprender lenguas extranjeras, si los extranjeros se encargaban de aprender la castellana? La difusión europea de nuestra lengua está implicada en la famosa "profecía" de Nebrija. Por eso es digna de mención la Gramática para aprender a leer y escribir la lengua francesa de Baltasar de Sotomayor, impresa en Alcalá en 1565 junto con un Vocabulario francés-español hecho por el francés Jacques Ledel ("Jacques de Liaño"). Sotomayor no piensa como pensaba Nebrija. "La grandeza de España ha venido en tanta pujanza" —dice—, que un español alerta necesita "tener conocimiento de las más lenguas que en Europa se hablan". A la corte acuden personajes de lugares sujetos a España que no hablan español, y "hácese desagradable el trato, y muchas veces perjudicial y dañoso". Remedio: aprender idiomas. "Dos principalmente me parece que son los más necesarios, italiano y francés." Otra razón: la actual reina de España es francesa (Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II), y "uno de los mayores entretenimientos" de la corte es el trato con las damas, "de las cuales muchas son francesas". [\[11\]](#)

Mano a mano con la difusión de la lengua de España iba la de su literatura. Podemos tomar como ejemplo el caso de Alfonso de Ulloa, que en la portada de su gramática, para atraer compradores, anunciaba una explicación de las palabras difíciles de La Celestina, y que editó, refundió y tradujo, siempre en Venecia, gran número de best sellers españoles, de interés histórico como la Vida de Carlos V y la Vida de Colón atribuida a su hijo Fernando Colón; de interés moral como el Diálogo de la dignidad del hombre de Fernán Pérez de Oliva, el libro sobre la "honra militar" de Jerónimo Ximénez de Urrea y el Remedio de jugadores de Pedro de Covarrubias (consejos a los enviciados en los juegos de naipes); pero sobre todo de interés literario: novelas como la anónima Questión de amor y el Proceso de cartas de amores de Juan de Segura, las Epístolas de fray Antonio de Guevara, las Cartas de refranes de Blasco de Garay y otras más. Para lectores de fuera de España, pero interesados en la literatura española, se compusieron continuaciones del Lazarillo y de la Diana, respectivamente por Juan de Luna y por Jerónimo de Tejada, autores ambos de gramáticas. Fuera de España se compusieron unos Diálogos muy apazibles que corrieron por Europa en castellano y en ediciones bilingües (traducción francesa por Juan de Luna, italiana por lorenzo Franciosini); fuera de España, naturalmente, se compusieron las

Rodomontadas españolas, que corrieron en la misma forma (la traducción italiana, por Franciosini). No pocas obras literarias se reeditaron mucho mas en el extranjero que en España. Sobre todo, es asombrosa la cantidad de traducciones de libros españoles que se hicieron en Europa durante estos dos siglos, comenzando con las novelas de Diego de San Pedro, Cárcel de Amor y Arnalte y Lucenda, y siguiendo con La Celestina, los escritos todos de Antonio de Guevara y Pero Mexía y muchísimos más. Para las traducciones del Quijote véase la nota [al pie].^[12]

La mayor parte de los grandes autores religiosos fueron traducidos también a las lenguas europeas. (La descripción bibliográfica de todo lo que se tradujo llenaría fácilmente un volumen del tamaño de este que el lector tiene en las manos.) (N.E. Se refiere a la edición completa de Los 1001 años de la lengua española.)

Por último, la literatura española sirvió de inspiración y de estímulo a las demás. Guevara no sólo le dio a La Fontaine la idea de "El villano del Danubio", sino que inspiró en Inglaterra toda una teoría de la prosa artística, el "eufuismo": el libro de John Lyly, Euphues, the Anatomy of Wit homenaje al wit ('ingenio') del fraile español, traslada al inglés los artificios retóricos del Marco Aurelio. Madeleine de Scudéry y Madame de La Fayette se inspiraron en las novelescas Guerras de Granada de Ginés Pérez de Hita; Honoré d'Urfé, en la Diana de Montemayor; Jean-Pierre Florian, en la Galatea de Cervantes; los moralistas La Bruyère y La Rochefoucauld, en Baltasar Gracián; Paul Scarron imitó las poesías burlescas de Góngora; Le Cid y Le Menteur de Corneille son adaptaciones, respectivamente, de Las mocedades del Cid de Guillén de Castro y de La verdad sospechosa de Ruiz de Alarcón; y si el Don Juan de Molière no es imitación directa del de Tirso de Molina, es porque en sus tiempos el personaje creado por el dramaturgo español pertenecía ya al legado literario europeo gracias a las traducciones e imitaciones que se habían hecho sobre todo en italiano y en francés. También los escritores religiosos franceses se inspiraron en la riquísima producción ascético-mística de España. (Uno de ellos, san Francisco de Sales, fue lector asiduo de obras como el Libro de la vanidad del mundo y las Meditaciones devotísimas del amor de Dios de fray Diego de Estella, publicadas en 1562 y 1576 respectivamente, muy reeditadas hasta el siglo XVIII, traducidas al francés, al italiano, al latín, al inglés, al alemán, al holandés, al polaco, al checo, al eslovaco y hasta al árabe, muy reeditadas asimismo en algunas de estas traducciones —y quizás no leídas ya por nadie en nuestros tiempos.)

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

14/11/2011

[1] En la presente selección se marcan con puntos suspensivos entre corchetes los párrafos suprimidos. [E.]

[2] De hecho, el cardenal Cisneros se puso al frente de un ejército en 1509, y logró quitarles a los moros el puesto africano de Orán. La reconquista del Santo Sepulcro fue un sueño mesiánico que reapareció en 1571 a raíz de la victoria cristiana contra los turcos en Lepanto, acción ensalzada por Fernando de Herrera y sublimada por Cervantes, que salió de ella con el brazo izquierdo lisiado (y por eso en estilo retórico se le llama el Manco de Lepanto). Gracias a tal victoria, decía Francisco de Medina, amigo de Herrera, "veremos extenderse la majestad del lenguaje español, adornada de nueva y admirable pompa, hasta las últimas provincias donde vitoriosamente penetraren las banderas de nuestros ejércitos". (¡Ya se imaginaba el buen Medina a bereberes, egipcios, palestinos, sirios, turcos y armenios hablando español!)

[3] En el afán recolector de refranes debe haber pesado el ejemplo de Erasmo, recopilador y comentador de "adagios" de la antigüedad clásica. (la primera edición de sus Adagios contiene 800; pero Erasmo, infatigable, fue aumentando el número en las sucesivas ediciones hasta llegar a 3800.) Además de los Adagios, Erasmo recopiló los Apotegmas de la antigüedad (dichos memorables, frases sentenciosas o agudas que alguien dijo en tal o cual ocasión, como el "Pega pero escucha" que dijo Temístocles en la batalla de Salamina, o el "¿Tú también, hijo mío? que dijo Julio César al ser apuñalado por Marco Bruto). Apotegmas y adagios tienen en común el servir como de esmalte de la lengua en la conversación. Hubo también muchas colecciones de apotegmas españoles. La más famosa es la de Melchor de Santa Cruz, Floresta española de apothegmas, o Sentencias sabias y graciosamente dichas de algunos españoles, publicada en 1574, y muy reeditada e imitada. Los apotegmas llevan siempre una explicación, cosa que suele suceder también con los refranes (refranes "glosados"); pero éstos pueden presentarse "por el orden del a, b, c," o sea en orden alfabético, cosa imposible en el caso de los apotegmas, que se agrupan más bien por materia o por tema

[4] Nótese la aclaración en letra castellana. Quiere decir que los vocablos árabes se han transcrito en caracteres latinos. El Vocabulista se dirige a personas que apenas comienzan a saber árabe y que van a estar en contacto, no con la lengua escrita, sino con la hablada. Los evangelizadores acudían a él cuando oían una palabra desconocida, y la buscaban en el orden alfabético familiar para ellos. También en el título del Arte hay una aclaración: es una gramática "para ligeramente saber la lengua aráviga": para saberla de oídas, no por escrito; una gramática muy elemental, pero urgente. Desde la toma de Toledo, en 1085, la corona de Castilla había estado en contra de la conversión forzada de los moros. Pero a fines del siglo XV esto había cambiado, y fray Hernando de Talavera, antes de la toma de Granada, se había visto obligado a protestar, en su Cathólica impugnación, contra la conversión forzada, contra los procedimientos inquisitoriales de que eran víctimas los moros y contra la discriminación que los conversos, españoles nuevos, sufrían de parte de los españoles viejos. Talavera fue un apóstol de la conversión por la razón, no por la fuerza. En 1496 publicó una Breve doctrina que contenía lo esencial del cristianismo, y después auspició la traducción de un libro escrito en latín que, con argumentos, "convencía" de la falsedad del Corán (Reprobación del Alcorán, 1501). En Granada organizó cursos de árabe, destinados a los predicadores. Hasta hizo imprimir libritos con algunas misas y algunos pasajes de los evangelios en traducción árabe. Es difícil saber qué logros obtuvo. Pero, si el contacto lingüístico hubiera abarcado el árabe escrito (y el mahometismo es una "religión del Libro"), su empresa habría tenido mucho mejor éxito. Desgraciadamente no había aún tipografía árabe. En todo caso, muy pronto cambió el viento: se decretó la conversión forzada, y libros como la Cathólica impugnación

quedaron prohibidos. Hay que observar que el cardenal Cisneros mandó quemar en una plaza de Granada miles de libros árabes.

[5] El Diario del primer viaje registra lo que el Almirante iba pensando y sintiendo a partir del 12 de octubre: su tristeza por no hallar especias ni metales preciosos (que era lo más importante); su esperanza de hallarlos más tarde; su extrañeza e incompreensión frente a los seres humanos que ningún europeo había visto; y, sobre todo, su asombro ante la naturaleza de las nuevas islas: "muchos árboles muy disformes de los nuestros" (muy disformes: nada parecidos), "tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y assí las frutas, y assí las yerbas y las piedras y todas las cosas", sin olvidar los "peces tan disformes de los nuestros que es maravilla", jaspeados y pintados como gallos, y de tan hermosos colores "que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos". En cambio, Hernán Cortés se complacerá, después, en subrayar las semejanzas entre España y las nuevas tierras en que él ha penetrado: el cacique de Iztapalapa tiene "unas casas nuevas, que son tan buenas como las mejores de España"; en Cozalá hay "tales y tan buenos edificios, que dizen que en España no podían ser mejores", entre ellos una casa de aposentamiento y fortaleza que es mejor y más fuerte y más bien edificada que el castillo de Burgos"; México-Tenochtitlán "es tan grande como Sevilla", y tiene una plaza "tan grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca"; Tlaxcala "es muy mayor que Granada y muy más fuerte"; en México "hay a vender muchas maneras de filado de algodón..., que parece propriamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha mayor cantidad"; también "venden colores para pintores quantos se pueden hallar en España"; hay frutas de muchas manera", en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España"; "hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas"; y el colmo: en Cholula hay "mucha gente pobre... que piden como hazen los pobres en España". Era, pues, natural que los territorios por él conquistados se llamaran la Nueva España.

[6] En 1769, exactamente 250 años después de la llegada de Cortés a Veracruz, un arzobispo de México, Francisco Antonio de Lorenzana, citando las conclusiones de los concilios americanos de fines del siglo XVI, prohibió a sus curas y vicarios enseñar la doctrina en lenguas indígenas, y los obligó a emplear el castellano hasta en el trato diario con sus feligreses indios, "para que aprendan y se suelten a hablarle aun en aquellas cosas de comercio, trato económico y de plaza, que ellos llaman tianguistlatollí". Lorenzana añadía una razón personal: los obispos deben dialogar con el pueblo, y no podía pedírsele a él que aprendiera los idiomas hablados en su inmensa arquidiócesis "mexicano, otomí, huasteco, totonaco, mazahua, tepehua, zapoteco, tarasco y otros innumerables" (en Cuautitlán y Tlalnepantla, a pocas leguas de la ciudad de México, tenía que haber predicadores en español, en náhuatl y en otomí). Lorenzana era casi tan iluso como lo habían sido los señores del Consejo de Indias de Madrid, que hacia 1596 redactaron una "cédula", destinada al virrey del Perú, en la cual se prohibía a los indios el empleo de su lengua nativa (cédula que Felipe II, cuerdamente, no aprobó). El hecho es que si en España sobrevive una lengua prerromana, el Vasco, en Hispanoamérica sobreviven innumerables lenguas prehispánicas.

[7] El Nuevo Testamento es el tomo final de la llamada Biblia Complutense" (Complutum era el nombre romano de Alcalá), pero fue el que se imprimió primero. El texto griego original va acompañado de la "Vulgata", o sea la traducción latina de san Jerónimo que durante diez siglos habla sido el único alimento bíblico de la cristiandad. Dos años después, en 1516, Erasmo publicó su propia edición del texto griego del Nuevo Testamento, acompañándolo de una nueva y revolucionaria versión latina. Pero la tipografía griega de la edición erasmiana es inferior a la del Nuevo Testamento de Alcalá, calificada por los conocedores como la más bella de todos los tiempos. Los primeros volúmenes de la Biblia Complutense (1515-1517) Contienen el Viejo

Testamento, y su disposición es mucho más compleja: el lector que la abre en una página cualquiera se encuentra con seis textos: 1) el hebreo original; 2) la antigua versión caldea (o siríaca); 3) la traducción griega de "los Setenta", hecha por los judíos helenizados de Alejandría en el siglo III a.C. (la tipografía de esta parte es más pequeña y mucho menos elegante que la del Nuevo Testamento); 4) la Vulgata de san Jerónimo; 5) una traducción latina literal de la versión caldea; y 6) una traducción latina literal de la versión griega.

[8] Añádase que los inquisidores del tiempo de Felipe II, además de exacerbar la censura contra la libertad de pensamiento, la extendieron a la "libertad de lenguaje". El contraste con la época de Carlos V es aquí especialmente marcado. Obras como *La lozana Andaluza* (1528), que todavía a comienzos del siglo XX escandalizaba a Menéndez Pelayo, o como el *Cancionero de obras de burlas y provocantes a risa* (1519), donde hay piezas extraordinariamente libres, desenfadadas y "verdes", como la ya mencionada *Carajicomedia*, dejaron de ser posibles. De haber vivido en tiempos de Felipe II el canónigo sevillano Diego López de Cortegana, que tradujo en 1513 el *Asno de oro* de Apuleyo, donde hay escenas muy fuertes para mentalidades castas (y que tradujo también, en 1520, la *Querrela de la paz* de Erasmo, invectiva contra la estupidez de las guerras), ciertamente hubiera tenido que dedicarse a otros quehaceres. La España "oficial" de Felipe II fue muy gazmoña en todo lo relativo al sexo. Las escenas o expresiones "libres" de la literatura española existente, comenzando con *La Celestina*, fueron metódicamente castigadas".

[9] Carlos II no llegó ni siquiera a matar un toro de un arcabuzazo. Lo que le celebraron los poetas fue una "ínclita hazaña", una "heroica acción" de tipo distinto. El 28 de enero de 1685 paseaba el rey con algunos de sus cortesanos, en coche, por las orillas de Madrid, cuando vio a un humilde cura que, acompañado del sacristán, llevaba el viático a un enfermo. Con enorme pasmo de los cortesanos, y de algunas mujeres que lavaban en la poca agua del río Manzanares, el rey cedió su coche al cura y al azorado sacristán, se puso al estribo, "de gentilhombre", e hizo que sus paniaguados acompañaran a pie al Santísimo hasta casa del moribundo. La convocatoria a los poetas fue inmediata, y no menos inmediata la respuesta: el 3 de febrero, menos de una semana después de ejecutada la heroica acción, los poetas de Madrid se reunieron en casa de don Pedro de Arce, uno de los cortesanos, para leer un número increíble de composiciones encomiásticas. La convocatoria llegó con natural retraso a tierras americanas, y varios poetas de la Nueva España, uno de ellos Sor Juana, unieron su voz a la de sus colegas peninsulares. (Es notable cómo algunos de esos celebradores del pobre Carlos II dicen que un rey devoto del Santísimo Sacramento vale infinitamente más que un rey que gana batallas militares o diplomáticas.)

[10] Para la palabra chapetón, que originalmente significaba 'inexperto, bisoño', no se ha hallado explicación convincente. La historia de la palabra cachupín (gachupín) es curiosa. En la *Diana de Montemayor* hay un personaje que dice.— "Yo os prometo [= 'os aseguro'] a fe de caballero, porque lo soy, que mi padre es de los Cachopines de Laredo...", o sea que como prueba irrefutable de su calidad de hidalgo aduce ese linaje paterno. Laredo, poblacho sin lustre, tenía el mérito supremo de hallarse en la costa cantábrica, entre la Montaña de Santander y el país Vasco. En Laredo no había habido nunca ninguna "mala raza" de moros ni de judíos. La arrogancia de montañeses y vizcaínos, para los cuales todos los demás españoles —leoneses, castellanos, levantinos, extremeños, andaluces— eran sospechosos de poca "limpieza de sangre", no dejó de hacer ruido; y, como la *Diana* fue leída por todo el mundo, los Cachopines de Laredo se hicieron proverbiales. En 1605 son mencionados por Cervantes (en el *Quijote*) y por el poeta Andrés Rey de Artieda. La mención, en los dos casos, está hecha con cierto retintín de burla, pues ¿cómo averiguar si quienes así presumían habían nacido en efecto en Laredo, y si en Laredo había en efecto un linaje

de apellido Cachopín? Un soneto famoso, escrito en México antes de 1604 por un criollo ("Vine de España por el mar salobre/ a nuestro mexicano domicilio..."), zahiere al peninsular que llega a la Nueva España dándose humos y pisando fuerte, siendo que allá "tiraba la jábega en Sanlúcar" (en Sanlúcar, cuya playa, según Cervantes, era un hervidero de pícaros). Por otra parte, los Cachopines de Laredo no eran atezados como la masa de los españoles, sino rubios y ojazules. En la escala de aprecio racial, donde negros y gitanos ocupaban los escalones ínfimos, ellos ocupaban el más alto. (En una ensaladilla de Navidad introduce Góngora a unos gitanos que le cantan a Jesús recién nacido: "A vos, el Cachopinito, / cara de rosa...")

[11] Hubo otra Gramática francesa, que en la primera edición (Douai, 1624) tiene como autor a fray Diego de la Encarnación, y en la segunda (Madrid, 1639) a Diego de Cisneros, seguramente porque dejó de ser fraile. Cisneros desconoce el precedente de Sotomayor, pues dice: "Si bien se hallan muchas gramáticas en francés de pocos años a esta parte para aprender español, sola ésta hay en español para aprender francés". (Este Diego de Cisneros tradujo las "Experiencias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña, o sean los Ensayos de Montaigne, pero su traducción quedó inédita.) Por otra parte, el andariego Juan Ángel de Sumarán publicó en Ingolstadt, en 1626, un Thesaurus linguarum que contiene cuatro gramáticas: española para italianos (o sea en italiano), española para franceses, y francesa y alemana para hispanohablantes (la gramática alemana es caso único). Y un francés que hispanizó su nombre como "Bartelmo Labresio de la Puente" publicó en París en 1666 unos Paralelos de las tres lenguas, castellas, francesa e italiana, que contiene tres gramáticas: francesa e italiana para hispanohablantes, y española para franceses. El primer manual para aprender inglés es el de James Howell, Gramática de la lengua inglesa, prescribiendo reglas para alcanzarla (Londres, 1662).

[12] Son apenas unas diez las ediciones del Quijote publicadas en Madrid a lo largo del siglo XVII. En cambio, las publicadas en castellano durante el mismo lapso en ciudades de habla no castellana —Lisboa, Valencia, Barcelona, Bruselas, Amberes y Milán— son en total unas veinte. Y estas cifras palidecen ante las de las traducciones: los lectores de francés pudieron leer el Quijote en su lengua, a lo largo del siglo XVII, en más de veinte ediciones. Las primeras traducciones fueron la inglesa de Thomas Shelton (1612) y la francesa de César Oudin (1614). Siguieron, ya completo el libro en sus dos partes, la italiana de Lorenzo Franciosini (1622) y la holandesa de Lambert van der Bosch (1657), notable por ser el primer Quijote adornado con láminas. La primera versión alemana completa (1682) no se hizo del español, sino del francés. Traducciones más tardías, y no siempre completas, son la rusa (1769), la danesa (1776), la polaca (1786), la portuguesa (1794), la sueca (1802), la húngara (1813), la checa (1838), la rumana (1840), la griega (1860), la Servia (1862), la turca (1868), la finlandesa (1877), la croata (1879), la búlgara (1882) y la catalana (1882). A fines del siglo XIX comenzaron a aparecer versiones a lenguas más exóticas": el japonés, el hebreo, el vascuence, el bengalí, el lituano, el árabe, el tagalo, el chino, etc. Los bibliófilos cervantinos, secta parecida a la de los filatelistas, no pueden prescindir de la Historia dómuni Quijoti Manchegui tducta in latinem macarrónicum per Ignatium Calvum, curam missae et ollae (1905), ni de las traducciones parciales al esperanto (1905, 1915). Hay que añadir que en francés, inglés y otras lenguas las traducciones existentes son varias. Por otra parte, fueron también extranjeros los que primero se ocuparon de anotar y comentar el Quijote. A mediados del siglo XVIII, un erudito español, fray Martín Sarmiento, después de expresar el deseo de una edición anotada, añadía: "Dirá alguno que será cosa ridícula un Quijote con comentario. Digo más ridícula cosa será leerle sin entenderle". (No se conocía el Quijote sino superficialmente; las partes sin aventuras risibles no se leían. Para los contemporáneos del P. Sarmiento, "ser un Quijote" era ser un necio atolondrado, un

loco a veces peligroso. Estaba bien dedicar un comento a la Divina Commedia, ¡pero no al Quijote!) El primero que satisfizo, y con mucha seriedad, el deseo del P. Sarmiento fue un ingles, John Bowle, en 1781.